Hisp

2356

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVII | San José, Costa Rica **1940** Sábado 25 de Mayo | Núm. 13

Año XXI — No. 893

LIBRARY OF CONGRESS
JUL 25 1940
PERIODICAL DIVISION

Contenido:

Un Maestro del Renacimiento	*Luis de Zulueta*
El Cristo a la jineta	*José Enrique Rodó*
El acto heroico como fenómeno psicológico (1)	*Luz Vera*
Versos nuevos de Billo	*José María Zeledón B.*
Alas sobre Europa	*María Olimpia de Obaldía*
Antonio S. Pedreira: Vida y expresión	*Concha Meléndez*
Enrique González Martínez	*Guillermo Jiménez*
Noticia de libros	
Qué hora es?...	
Antipedagogía	*Luis A. Santullano*
La zeta nunca cruzó el mar	*Cristián Rodríguez*
El Rey de los Hunos	*Alejandro Vallejo*
Los problemas morales del teatro benaventino	*José Luis Sánchez Trincado*
Bizancio	*B. Sanín Cano*
Juventud actual	*Alfonso Francisco Ramírez*

Un Maestro del Renacimiento

Concordia en la discordia

(De *El Tiempo*. Bogotá, 5 de mayo de 1940)

Mañana, lunes, día 6 de mayo, se cumple el cuarto centenario de la muerte del más grande entre los pensadores españoles del Renacimiento.

La España del siglo XVI, como la de todos los siglos, produjo más héroes y artistas que hombres consagrados al puro ejercicio de la razón. La ciencia en España no ha solido brillar a la misma altura que el carácter moral o el sentido de la belleza. Tierra de guerreros y de santos, o de poetas y pintores, era, gracias a ellos, hace cuatrocientos años, la primera nación en ambos mundos. Pero, acaso, en la esfera del pensamiento, no lograba igualar a Francia e Inglaterra, vencidas por las armas españolas.

Sin embargo, un varón preclaro la redimía, en aquella época, de esa relativa inferioridad. Era Juan Luis Vives, muerto hace ahora cuatro siglos.

Vives poseía todo el saber de su tiempo. No lo superaron los más altos filósofos, ni en Franica, ni en Italia. Con Budé y Valla, formaba el famoso triunvirato de la República de las Letras. Con Erasmo y con Tomás Moro, ejercía, en los comienzos del XVI, el magisterio intelectual de Europa.

Hace ahora justamente cuatro siglos. Era en estos días de mayo de 1540.

Un hombre de rostro afilado por el pensar y por el sufrir, quebrado el color, entrecano el cabello, ancha la frente, agüileña la nariz, finos los labios, se asomaba a una ventana de su alcoba en la ciudad de Brujas.

Caía la tarde. El enfermo permanecía envuelto en su hopalanda, conservaba puesto su casquete, a pesar de que el aire tibio, denso, húmedo, de la primavera flamenca acariciaba blandamente sus sienes. Bajo la ventana, las aguas de un canal pasaban, huían, con un rumor monótono, siempre distintas, siempre iguales, como la vida. Los mercaderes cerraban sus tiendas; salían las muchachas de paseo y cruzaban en grupos, delante de la casa, el puente de piedra. Por encima de los tejados, las cercanas praderas mostraban su verdor novel, dorado por el sol poniente. El sonido de las esquilas de los rebaños se confundía con el de las campanas del convento vecino.

El maestro Luis Vives, con ojos graves, serenos, se despedía de la ciudad y del mundo. En aquella hora la fiebre había bajado y los dolores de la gota le dejaban tranquilo. Una melancólica dulzura de atardecer le envolvía.

Aquella plácida ciudad, Brujas, era ya como otra patria para él. «Nec aliter hanc nomino quam patriam»... Se acordaba de que fue allí donde mucho tiempo atrás, siendo él un mozo, conoció en el hogar de sus paisanos los Valldaura a una niña de ocho años, Margarita, criatura encantadora que fue su primera discípula. La niñita aquella era ahora la esposa solícita que andaba por la habitación preparándole el lecho para el nocturno reposo. Quizás sería ya el reposo definitivo. Y dejándose llevar de los recuerdos, hallaba Vives que Brujas tenía cierta amable semejanza con su natal Valencia, la Valencia de las naranjas de oro y el mar azul, que desde la adolescencia no había visto y que ¡ay! ya nunca volvería a ver... Los ojos se le llenaban de lágrimas.

Pero el filósofo debía dejar la vida sin una queja, sin un lamento, sin un reproche. Su lema había sido «Sine querela». Sin querella, en efecto, se propuso vivir y morir, ya que en la tierra las perpetuas querellas entre los hombres y entre los pueblos envenenaban la existencia. «Sine querela», con el alma en paz, ya que el mundo estaba destrozado por los horrores de la guera.

Fue Luis Vives lo que hoy llamaríamos un pacifista. Tocóle vivir en una Europa ensangretada, como hoy, por las luchas civiles y por las contiendas internacionales.

En la esfera de las ideas buscaba Vives la armonía. Su tiempo, en cambio, fue un tiempo de violentas pugnas ideológicas. En la esfera de la realidad predicaba el maestro una paz humana. Y la realidad le contestaba con guerras cruentas entre los príncipes cristianos; los reinos desolados, la Roma papal saqueada, la culta Europa convertida en un inmenso campo de batalla....

Dos siglos, dos mundos combatían el uno contra el otro. Y en vano se esforzaba por unirlos en una síntesis suprema la mente serena, el ánimo conciliador de Juan Luis Vives, español y cosmopolita; medioval y moderno; hijo de la Escolástica y padre del Renacimiento; formado en la erudición clásica y orientado hacia la observación y la nueva ciencia; amigo de los reyes y abogado de los pueblos.

Cuando, joven todavía, en la corte de Enrique VIII de Inglaterra, confidente espiritual de la reina española, fue preceptor de la princesa María, quiso dar a su alumna, con el libro "Satellitium animi", una escolta de buenas máximas y elevadas sentencias, para que la regia niña anduviera después por el mundo más

segura y mejor acompañada de lo que solían ir los soberanos, custodiados por sus escoltas de hombres de armas, con picas y alabardas amenazadoras, con escudos y emblemas, decía Vives, de leones y de águilas, de brutos feroces y de aves rapaces, como si quisieran amedrentar a sus súbditos y ser más temidos que amados.

Dos cartas dedicó al propio rey Enrique VIII, dos cartas contra la guerra, mientras la rivalidad entre Carlos V y Francisco I asolaba el Continente europeo. Al romano pontífice dirigió otra epístola. "De Europae statu ac tumultibus"..., abogando ante el Padre de los fieles por la avenencia y la paz.

"¡Paz, paz!, paz!..., como en el verso dantesco, clamaba Luis Vives. Su grito pacificador culminó en aquel magnífico escrito: "De la concordia y la discordia en el género humano", que, completado luego con el breve tratado "De la Pacificación", ofrendó al César Carlos V.

Cómo describía Vives los terribles estragos de la guerra en esa disertación "De Concordia et discordia"!... Los campos despoblados, arruinadas las ciudades, hambrientos los países, abandonados los estudios, corrompidas las costumbres...

¡Y aquel nuevo invento de las bombardas que llevaba la muerte a distancia!... Luis Vives condenaba los progresos en la técnica guerrera: "¿A qué enemigo de la humanidad se debe tan perniciosa, abominable, siniestra invención?"

La guerra, según Vives, empobrece a los pueblos y endurece las almas; acrecienta la criminalidad; engendra el militarismo porque nada entonces importa tanto como los medios de defensa y de ataque.

La concordia, añade el maestro, es digna de los hombres; la discordia es propia de las fieras. Nacen a veces las guerras por el afán de ensanchar los territorios y el ansia de crear grandes imperios. Mas los grandes imperios suelen provocar toda clase de vicios y excesos; suscitan adversarios interiores y enemigos exteriores, y acaban hundiéndose trágicamente.

Anhelaba Luis Vives, por el contrario, una paz firme y duradera, y proponía, para establecerla, un concilio general, en el que el lector de hoy adivina como un anticipo de Sociedad de Naciones.

"Paz firme y duradera entre los príncipes"... "Concordia entre las ideas y opiniones"... Más útil todavía y más difícil la segunda que la primera, porque mientras los asuntos de los príncipes se deciden por la violencia no se alcanza del propio modo el acuerdo de los espíritus, pues al poder material que cohibe a los cuerpos no le es dado dominar a las almas,—"quo humanae vires non penetrant"—a las que no llegan las fuerzas humanas...

Concordia en medio de la discordia, predicó Vives. El mundo no le oyó. Vivió en un tiempo de discordia, discordia sañuda en las ideas, discordia sangrienta en los campos de batalla.

El apóstol de la pacificación humana hubo de inclinar su noble frente, hace ahora cuatrocientos años, allá, en su retiro de Brujas, con estoicismo de filósofo, con resignación de cristiano. "Sine querela" Esperando en el reino de la eterna paz...

Cuatro siglos han pasado. Mañana día 6, se cumple el cuarto centenario. El ideal de Luis Vives no prevaleció en su tiempo. Tampoco triunfa en el nuestro. Cuatrocientos años han corrido en vano.

Significativo es ya que la conmemoración de este centenario del más grande de los filósofos españoles, pedagogo insigne, precursor de la moderna psicología, esté pasando casi inadvertido. La tea de la discordia sigue incendiando la tierra. En la Valencia de sus amores, en la España de sus nostalgias, no se ha secado aún la sangre, ni se ha establecido la concordia. En su Flandes querida el pueblo vela las armas como en las vísperas angustiosas de una guerra. En guerra está aquella ciudad de Londres donde Luis Vives en el jardín de Moro, junto al Támesis, oía cantar los pájaros. Las bombardas, por él maldecidas llueven desde las nubes sobre el suelo de la pobre Europa.

Pero las palabras del maestro, esperando su hora—¿otro centenario todavía...?—suenan a media voz en lo íntimo de las almas anhelantes: "Paz justa y duradera entre los príncipes: concordia, concordia entre los hombres y los pueblos"...

LUIS DE ZULUETA

El Cristo a la jineta

(De *El Mirador de Próspero*. Montevideo, 1913).

Después del Cristo de paz, hubo menester la humana historia del Cristo guerrero, y entonces naciste tú, Don Quijote. Cristo militante, Cristo con armas, implica contradicción, de donde nace, en parte, lo cómico de tu figura, y también lo que de sublime hay en ella.

Atribuyeron a Cristo casta real, dijeron que era de la sangre de David; y tú conjeturaste que había de pasar igual cosa contigo: "Podría ser, ¡oh Sancho! —dijiste— que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto o sexto nieto de rey". Nació Cristo en aldea humilde, a la que para siempre levantó de la obscuridad de su cuna. Lugareño fuiste también tú, y sólo por ti vive en la memoria del mundo tu Argamasilla. Cuando se aludía a él por su nacimiento no se vinculaba su nombre al de su pueblo, sino el de su región: *el Galileo* se le llamaba; como tú tomaste para añadir a tu nombre el de la comarca de que eras, el del viejo Campo Esportuario: la *Mancha* de los moros. El, antes de poner por obra nuestra redención, quiso ser consagrado por manos del Bautista; como tú, antes de arrojarte a no muy menores empresas, quisiste recibir, del castellano de tu castillo, la pescozada y el espaldarazo. Cuarenta días y cuarenta noches pasó él en el retiro del desierto; y tú, en tu penitencia de Sierra Morena, pasaras otros tantos, a no sacarte de allí maquinaciones de los hombres. Rameras hubo a su lado y las purificó su caridad; como a tu lado, y transfiguradas por tu gentileza, maritornes y mozas del partido. El dijo: "Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia"; y tú, pasando del dicho inaudito al hecho temerario, trozaste la cadena de los galeotes. El atraía y retenía a su cohorte con la promesa del reino de los cielos; como tú a la cohorte tuya, —unipersonal—, pero representativa del pululante coro humano, — con la promesa del gobierno de la ínsula. Si enfermos sanó él, tú valiste a agraviados y menesterosos. Si él conjuró los espíritus de los endemoniados, a ti te preocupó el remediar encantamientos. Ni a él quiso reconocerle el sentido común como Mesías, ni a ti como andante caballero. Burla y escarnio hicieron de su mesianismo, como de tu caballería; y si la madre y los hermanos del Maestro le buscaban para disuadirle y él hubo de decir: "No tengo madre ni hermanos", bien se te opusieron y te obstaculizaron en tu casa, tu ama y tu sobrina. Cuando desbaratas el retablo del titiritero, donde lo heroico se rebajaba a charlatanería de juglar, haces como el que echó por tierra las mesas de los mercaderes y las sillas de los vendedores de palomas. Indígnanse los sacerdotes de Jerusalén, porque ven que festeja la

(*H. Daumier*)

multitud a Cristo; y porque a ti te festejan en casa de los Duques, se indigna un ensoberbecido y necio clérigo... Y es tu Jerusalén la casa de los Duques: allí, después de festejártete, padeces persecución; allí te befan, allí te llenan de ignominia. Como Pedro al Maestro, Sancho, hechura tuya, te niega, cuando con cobarde sigilo llega a confesar a la Duquesa lo que el vulgo llama tu locura. El letrero que en Barcelona cosen a tu espalda, es el *"Este es Rey de los Judíos"*, con que se te expone a la irrisión. Sansón Carrasco es el Judas que te entrega. Un publicano, San Mateo, escribió el Evangelio de Cristo; y otro publicano, Miguel de Cervantes, tu Evangelio. Dos naturalezas había en ti, como en el Redentor: la humana y la divina; la divina de don Quijote, la humana de Alonso Quijano el Bueno. Murió Alonso Quijano y para otros quedaron su hacienda y las armas tuyas, y el rocín flaco y el galgo corredor; pero tú, Don Quijote, tú, si moriste, resucitaste al tercer día: no para subir el cielo, sino para proseguir y consumar tus aventuras gloriosas; y aún andas por el mundo, aunque invisible y ubicuo, y aun deshaces agravios, y enderezas entuertos, y tienes guerra con encantadores, y favoreces a los débiles, los necesitados y los humildes, ¡oh sublime Don Quijote, Cristo ejecutivo, Cristo-León, Cristo a la jineta!

1906. JOSÉ ENRIQUE RODÓ

El acto heroico como fenómeno psicológico

Por LUZ VERA

(Colaboración para el *Rep. Amer.*)

A las alumnas del Maestro García Monge dedica este trabajo

LUZ VERA

México, D. F., febrero de 1930.

Trabajo leído en la Sala de Actos de "El Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México". 10 de marzo de 1938 a las 20 horas.

Hay en todo contenido de la conciencia una representación del mundo exterior cuando no es creación pura; la creación pura no está desligada de lo representado con anterioridad, porque en tal caso, dicha creación carecería del enlace necesario a toda vivencia que no puede ser nunca un fenómeno aislado en la corriente del vivir psíquico; pero hay en la creación matices que la hacen inconfundible con hechos anteriores, aun cuando sus antecedentes sean esos mismos hechos.

La conciencia se representa objetos, relaciones entre los objetos y además, sujetos. Los sujetos pueden ser objetos del conocer; si se les considera en función de ese conocer como sujetos del mismo, son sujetos representados en un sujeto que trata de conocer lo que dichos sujetos conocen.

Puede, por lo tanto, estimarse, que el conocimiento se enfoca hacia tres direcciones, cada una de las cuales tiene su dominio bien determinado: el del mundo externo, el del *yo* interno y el de los *yo* externos.

El conocimiento de un *yo* externo o sea de la vida psíquica de otro *yo*, se hace difícil dentro de la teoría metafísica que acepta la acción recíproca de dos sustancias o dentro de la teoría del paralelismo psicofísico.

En ambos casos el sujeto puede percibir que otro *yo* experimenta sensaciones o expresa emociones análogas a las que él mismo ha experimentado, pero de ninguna manera puede percibir dichas emociones o sensaciones como si fueran propias. Sólo un vitalismo a lo Bergson es capaz de acercar el sujeto a los otros sujetos, hasta llegar a la compenetración con una vivencia ajena; pero la identificación en el sentir no se logra, ni en el caso del arte, donde un mayor desinterés podría unificar las emociones.

El fenómeno psíquico puro presenta un carácter de indeterminación que no cabe dentro de la causalidad rígida del fenómeno físico; a eso se debe también el carácter de individualidad que tienen ciertos hechos que pueden presentarse una sola vez en el desarrollo histórico de los pueblos. Ese carácter se manifiesta en la creación de la obra de arte, en la intuición del genio y en la entrega del héroe y del santo.

Resulta difícil el estudio psicológico de un hecho que no se repite, dentro de un criterio científico donde la causalidad y la generalización reinan en dominio propio. Pero si la inteligencia y la intuición se ayudan mutuamente, para tratar de entender cómo puede lo único relacionarse con lo diverso y cuáles son los caracteres privativos de lo único y los caracteres de lo que es general, podrá entenderse cómo el respeto de lo que a cada dominio corresponde, permite una concepción que es cuando menos, inatacable, en el sentido formal, ya que metafísicamente, puede ser considerada según la teoría que prevalezca.

Si se considera la vida como conjunto de fenómenos físicos y químicos nada más, no se encuentra dentro de este mecanismo un solo argumento que sirva para fundamentar el acto heroico, según la generalización propia de dicho mecanicismo o fisiologismo.

Juzgado el hecho psíquico por doctrinas materiales, es curioso conocer el lugar que éstas dan al acto heroico que es individual y único.

Hace muchos años que el filósofo mexicano dijo: "lo único que no es biología ni malthusianismo es la belleza y el bien."

La emoción estética como el acto moral son hechos que contradicen la economía de la vida biológica. "El bien no es un imperativo, sino un entusiasmo," dice el mismo pensador. "No es coacción ni de la razón ni de la vida exterior, no se induce, ni se deduce, ni se confiesa, se crea."

Palabras cuyo claro sentido no queda empañado por las novísimas ideas sobre psiquismo, que hacen descansar todos los fenómenos psíquicos en funciones biológicas.

Hoy que está tan de moda psicoanalizar y echar al cesto del incosciente lo que no se puede explicar, no es extraño encontrar relatos de casos interpretados de modo tan arbitrario, que el sentido común se revela ante tamañas afirmaciones.

Si es tan eficaz el conocimiento de la relación precisa y determinada que ejerce la función fisiológica en el carácter de los niños, ocurre preguntar por qué se carga sobre los maestros la tarea de educar moralmente y no se establecen las clínicas donde el niño perezoso o la niña que se muerde las uñas, o la que grita sin motivo, sean tratadas a fin de que unas gotas, o unas cucharadas o determinadas inyecciones entreguen un producto normal a la escuela.

Ya es tiempo, si tan claro se ve el mal, de que el médico haga la parte que le corresponde y el maestro realice lo que cabe dentro de sus capacidades.

Los estudios endocrinólogicos muy serios y realizados por verdaderos hombres de ciencia, explican cómo pueden, por ejemplo, producirse todos los síntomas *objetivos* del miedo por una descarga exagerada de la secreción tiroidea en la sangre o suministrando a un individuo dosis excesivas de preparados tiroideos. (N. Pende.)

Pero Pende se refiere a síntomas *objetivos;* en otra parte afirma que las glándulas tiroideas, suprarrenales y genitales *toman parte* importante en la génesis de los estados emotivos. El mismo autor indica cómo una descarga de adrenalina puede determinar directamente los síntomas *fisiológicos* de una emoción violenta y cómo una causa psíquica emocional puede inducir, por medio de los centros nerviosos secretores suprarrenales a una secreción exagerada de adrenalina.

"Las mociones hiperesténicas no pueden andar separadas de un cierto grado de hipersuprarrenalismo."

"La intensidad de los afectos así como la vida del pensamiento, de las voliciones, de las inhibiciones, sufren altas y bajas, siguiendo esta alta y baja marea hormónica."

En todo lo anterior, Pende no ve como única causa del fenómeno psíquico el funcionamiento de las glándulas secretorias, sino que únicamente señala una relación en la que dicho funcionamiento contribuye en parte al estado emocional; pero cuando afirma que: "de la distinta fórmula endocrina individual depende en último análisis la personalidad psíquica de cada sujeto," coloca francamente dentro del determinismo científico al fenómeno psíquico, bien es cierto que dándole un carácter de individualidad que en cierto modo, lo aleja de la generalización científica.

El acepta la ciencia del individuo concreto, del biotipo individual, como una investigación de la individualidad somática y psíquica.

La biotipología humana no considera al hombre como miembro de la especie, como abstracción, sino como tipo vital humano. La escuela francesa señala la determinación del tipo humano por causas exógenas; la escuela italiana no niega la influencia del ambiente, pero encuentra en lo endógeno hereditario el origen del tipo.

Dos tipos distingue Pende: el tipo vital anabólico o hipervegetativo y el tipo vital catabólico o hipovegetativo, según que predominen las hormonas que estimulan el anabolismo (timo, cápsulas suprarrenales, páncreas, paratiroideas) o bien las hormonas que estimulan el catabolismo (tiroides, hipófisis.)

Para demostrar la importancia que Pende da al sustrato somático en la génesis de los estados psíquicos, nada más claro que el párrafo transcrito a continuación.

"Un estado de disociación crónica del alma, es un desequilibrio psíquico, constitucional, comprobado en individuos que calificamos como soñadores, semilocos, místicos. Estos individuos viven en una especie de penumbra de la conciencia, obscurecida por intentos de superposición de lo subconsciente, verdadero *demonio*

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX
Plantas Eléctricas Portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)
Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH *Socio Gerente* RAMON RAMIREZ A. *Socio Gerente*

que deja oír su voz en tales sujetos y hace sentir su potencia, no siempre inspiradora de males y de instintos egoístas, algunas veces, inspiradora también de sentimientos sublimes y heroicos y de descubrimientos geniales."

Pende dice que esos desequilibrios se deben a disociación crónica del alma, lo que no es decir nada en relación a las funciones endocrinas, sino caer dentro del campo netamente psíquico al hablar de esa superposición de lo subconscientes que inspira males o sentimientos sublimes.

Realmente es de sentirse que se hagan generalizaciones de esa índole, porque el peligro para sentar bases falsas está en no precisar ninguna diferencia en las formas de desequilibrio. Los que tropiezan con una de esas afirmaciones y carecen de seria cultura filosófica llegan a asentar verdaderos absurdos.

Por no señalar la diferencia de manera clara entre inconsciente, subconsciente y supraconsciente se confunden fenómenos que se producen en etapas distintas de conciencia.

Lo subconsciente es lo que aún no se ha iluminado de conciencia; lo inconsciente es lo que vuelve a sumergirse en la penumbra después de haber estado presente en la conciencia; como la conciencia no puede sostener con claridad todo cuanto ella ha iluminado en la realidad, va relegando la mayor parte de lo que ha tenido presente. En cuanto a lo supraconsciente, hay que admitir con Myers que lo supranormal es lo que sale de la conciencia superándola, no deformándola. Por lo tanto, lo supraconsciente está más allá del límite de la conciencia. En ese plano superior cabe el acto genial y el acto heroico; fenómenos supraliminales que de ninguna manera pueden ser confundidos con todo aquello que deforma la conciencia y que es, por lo mismo, morboso.

Lo más interesante relacionado con la índole de este trabajo, de lo afirmado por Pende, es lo que dice en relación al paralelismo entre el comportamiento fisiológico y el psicológico. "El paralelismo se da con *bastante frecuencia*, pero no es sin embargo *constante* y se comprende la razón de ello si se piensa que el desarrollo del espíritu demuestra hasta ahora una *autonomía* sin límites.".

Pende da en estos renglones toda la orientación necesaria para interpretar su estudio endocrinológico. Si es cierto, como ha comprobado, que los sujetos con deficiencia del tiroides son pacientes mitigados, torpes y reflexivos en sus actos con tolerancia a veces franciscana, así como que los sujetos hipersuprarrenales son luchadores, fuertes, agresivos, resistentes, incansables, no se debe olvidar que él afirma que el paralelismo se presenta *con frecuencia*, no asegura que sea constante y al reconocer la autonomía sin límites del espíritu, da argumentos que favorecen lo que se trata de demostrar.

El Dr. W. Falta en su "Tratado de las enfermedades de las glándulas de secreción interna", también señala la relación estrecha que existe entre el sistema nervioso y las glándulas endocrinas. "Casi todas las funciones somáticas y vegetativas y hasta el propio psiquismo están comprendidos en la zona de acción de las glándulas endocrinas", dice: señala el parentesco que existe entre las enfermedades del sistema endocrino y del nervio vegetativo, lo cual no indica nada en contra de la autonomía espiritual, puesto que no se aparta del campo biológico. Y aún en ese terreno no llega a generalizar. "Es muy difícil, dice, deducir del resultado de la prueba funcional farmacodinámica, conclusiones definitivas respecto a la reaccionabilidad de un órgano vegetativo determinado." (Pagina 37.)

Alienta esta honradez en hombres de tal significación científica; en cambio sorprende que se puedan hacer interpretaciones por individuos cuya labor científica está muy lejos de tener la solidez que da una larga y bien orientada investigación.

Otra corriente muy en boga desde hace varios años es la relativa a las interpretaciones de hechos psíquicos como resultados de causas que nacen en lo inconsciente. Existen muy serios trabajos sobre el tan llevado y traído inconsciente. Pero es conveniente, decir algo, sobre lo que en relación a este asunto, rechaza el razonamiento más elemental.

Autor hay que hace un curioso análisis de un caso de cleptomanía; se trata de una mujer que robaba en las librerías obras de los autores más famosos. El tratamiento psicoanalítico descubrió ese "significado oculto, que era el disfraz con el que se exteriorizaban deseos inconscientes reprimidos."

El hecho de "apoderarse de obras importantes de la literatura, que suponen la fecundidad del hombre de genio, simbolizaba la fecundidad que ella deseaba adquirir de cierto hombre."

Según opinan muchos intérpretes de las teorías freudianas, los fenómenos psíquicos no son conscientes en estado normal, de la misma manera que no lo son los fenómenos fisiológicos. Sólo mediante un excitante se nota el funcionamiento de lo anímico. En tal caso el estado normal sería el del sueño, durante el cual nada es consciente; no se puede entender una conciencia que no sabe que vive y que pasa sin contenidos. Para el psicoanálisis toda represión va a lo inconsciente y ahí se almacenan para mostrarse a voluntad del psicoanalista, quien posee la varilla mágica que puede revelar lo más recóndito de ese milagroso inconsciente donde todo cabe. Ahí está en potencia listo a disfrazarse de mil maneras, sin sospechar que el ojo escudriñador del psicoanalista hallará sin remedio el complejo escondido.

Que un individuo se suicidó, entonces el psicoanalista deduce del trato que en vida tuvo con el suicida que éste estaba dominado por un impulso homicida pero que como no pudo "satisfacer este impulso en el ser odiado, se retrotrae al mismo sujeto originando la melancolía", y de ahí al suicidio.

En lo que el psicoanalista llega a conclusiones de las más arbitrarias, es en lo que se refiere al instinto sexual. Los libros que tratan del instinto sexual contienen afirmaciones de la naturaleza de la que a continuación se indica, y que casi no admite comentario.

"El arte, el misticismo religioso y científico, la exaltación política, no son sino sublimaciones inconscientes del apetito sexual."

Cuánto ganaría la humanidad si el autor de tales afirmaciones se dedicara a encontrar la manera de represión del apetito sexual en todos aquellos que lo tienen muy desarrollado, para lograr establecer, por ese medio, una fábrica de artistas, santos, genios y héroes.

Asombra, por no decir indigna, cómo se aplican las teorías llamadas modernas en un sentido unilateral. Cuanto más se analiza y más aspectos diferentes se conocen de los fenómenos, más en contra se está de esa actitud. No se quieren ver esferas distintas de realidad, sino que, en posesión de un dato, se quiere aplicar a los distintos aspectos de la vida, ese dato.

No se niega el interés que presentan los estudios sobre psicología sexual en los últimos tiempos. Explicar todos los fenómenos psíquicos por su raíz erótica es querer reducir el mundo emocional a una sola y única forma de sentimiento y desnaturalizar esta forma dándole un solo origen, el fisiológico, el funcionamiento de los órganos sexuales.

En la obra llamada "Homosexualismo Creador, se atribuye el genio de algunos hombres a sus condiciones de homosexualismo. "Al temperamento urano debe la evolución de la sociedad no pocas de sus grandezas," dice en la citada obra A. Nin Frias.

Max Nordau en su libro "Degeneración" piensa que con ella llena un vacío que existe en la obra de Lombroso. Para Max Nordau y su grupo los genios del arte han sido enfermos. Su fobia lo hace afirmar que "las escuelas son el fruto de la degeneración de los creadores y de sus imitadores convencidos."

Ya César Lombroso había dicho antes en su libro "El Hombre de Genio", que el genio es una psicosis degenerativa; para él no existen los casos individuales: estos son puntos de una serie. "De que ciertos genios han sido alienados, se puede presumir la existencia de una psicosis en los otros genios," afirma en la obra citada.

Hoy el psicoanálisis trata de encontrar en los fenómenos psíquicos más diversos como única raíz, la de la represión sexual, que hecha bruma en lo inconsciente toma toda clase de manifestaciones. Jung indica con toda claridad esta actitud cuando dice que: "se pensaba que la energía no es otra cosa que la fuerza del instinto sexual y que se puede, con ayuda del análisis, trasladar la energía sexual a una "sublimación", es decir, a una forma no sexual de aplicación, al ejercicio verbigracia de un arte o de otra actividad buena y útil."

Según esta afirmación el acto heroico como actividad buena puede tener como origen la fuerza del instinto sexual que se ha trasladado a una "sublimación."

El acto heroico presenta en su indeterminación un carácter de irracionalidad por el cual no

Dr. E. GARCIA CARRILLO

Médico-Cirujano

ELECTROCARDIOGRAMAS

METABOLISMO BASAL

Corazón - Aparato Circulatorio

Consultorio: 100 varas al Oeste de la Botica Francesa

TELEFONOS: 4328 Y 3754

puede quedar sujeto a ninguna previsión hija de razón.

Las actitudes heroicas son de aquellas que guardan, como la obra del artista, una individualidad de tal naturaleza, que nunca se pueden hacer entrar dentro del dominio de la generalización que es por excelencia racional. "La terrible catástrofe de la Guerra Europea, dice Jung, ha echado una raya muy gruesa sobre las cuentas del racionalismo más optimista".

El acto heroico queda fuera de toda previsión racional; surge de lo inconsciente del hombre. El hombre es razón, pero es también impulso; si por una parte calcula, por otra se da; si sólo obedeciera a su razón, no se habría conocido el heroísmo, como tampoco existiría el crimen.

De lo profundo del ser brotan las máximas rebeldías que llevan al héroe a despreciar todas las conveniencias para arrojarse a lo imprevisto lleno de peligros y de amenazas cuyo alcance está lleno de sombras para la razón previsora.

La inteligencia calculadora no habría dictado jamás las contestaciones que nos llenan de estupor de un Melchor Ocampo o de una Carmen Serdán.

Las posibilidades del espíritu para realizar el acto heroico son de tal naturaleza, que nunca podría ningún racionalismo, relacionar los antecedentes a ningún hecho futuro previsto, y por lo mismo, determinado.

La historia es el resultado de factores racionales e irracionales mezclados de tal modo, que el análisis más profundo no puede separar unos de otros.

Siempre escapará al intelectualismo mejor encaminado la actitud única, sorprendente por lo imprevista. El materialismo no logrará nunca señalar en qué momento surgirá el héroe. Ninguna presión se ha trazado como fin el crear héroes y de entre los oprimidos, uno o varios han procedido contra toda previsión y contra todo racionalismo realizando actos inesperados, aun para los mismos autores de ellos.

El acto heroico queda, como todo fenómeno psíquico puro, en lo que en sí tiene de esencia fuera del terreno materialista al que corresponde lo general, lo concomitante fisiológico y lo que en resumidas cuentas, es sólo abstracción aislada de toda realidad y que por lo mismo, no tiene valor como vivencia, sino sólo como concepto.

La variabilidad infinita de la vida individual del espíritu que es la única real, no puede ser aprehendida por un materialismo que está hecho de pronósticos, que pone a cada hecho una etiqueta pudiendo fijar de antemano resultados.

El ansia de querer explicar por un concepto lo que es diverso en el fenómeno psíquico, lleva a ver en él, manifestaciones de esferas distintas de realidad, como llama William James a los aspectos distintos de la persona humana, que no pueden quedar reducidos a simple biología.

Es cierto que la conciencia sufre vicisitudes del organismo en que alienta; pero ella es distinta del organismo.

Cada ser humano ocupa un lugar diferente en distintas esferas de realidad y el normal físico y el normal psíquico, estarán cada uno de ellos en esferas que se toquen, pero que pueden también compenetrarse, sin que necesariamente pueda tener lugar lo uno o lo otro.

Esferas distintas de realidad pueden compenetrarse en parte; en tal caso, un mismo individuo podrá presentar características muy diversas. Querer explicar un carácter por otro es no entender la relación y confundir lo coexistente con lo causal. El hombre de genio no lo es porque tiene tal o cual tara psíquica o física; es hombre genial a pesar de las lacras que deforman su personalidad en otro sentido.

Si lo anormal determinara al artista, al santo o al héroe, el mundo estaría lleno de heroísmo, de santidad y de creaciones artísticas. Cada hombre tiene un lugar en la escala de lo físico, como lo tiene en la escala de lo psíquico; será muy difícil encontrar individuos en los cuales el grado de la escala ocupe un lugar paralelo; un hombre vicioso puede escribir obras admirables, así como un hombre virtuoso puede ser un mediocre en actividades artísticas. Un débil de espíritu puede ser un justo y un fuerte puede emplear la potencia de su personalidad en hacer el mal. Una mujer casta puede ser perversa y otra mujer casta puede ser santa; pero en el primer caso, no es perversa porque sea casta. Es casta y además, perversa, como en el segundo caso coinciden en ella dos características, la de la santidad y la de la castidad.

El heroísmo no está determinado por ninguna condición fisiológica o psíquica aún cuando es un acto psicológico puro. Es un renunciamiento contradictorio a toda ley económica vital. Es justamente la derrota del interés biológico para exaltar los valores espirituales en su grado más alto del desinterés humano.

Como ningún fenómeno humano se produce aislado conviene considerar el acto heroico en la concatenación de los hechos sociales, para tratar de encontrar, qué relación existe entre el acto que es individual por excelencia y el ambiente social en que se produce.

Viqueira distingue diferencias de vida mental ligadas a la especie del sujeto humano, de aquellas que son variaciones de carácter individual.

Al referirse a estas últimas dice que "coinciden unas veces con las variaciones fisiológicas (edad, temperamento, sexo) y están sujetas a leyes de aquel tipo. Otras son producidas por causas morbosas. Otras se deben a factores extrínsecos, (el medio, la educación). Hay algunas que parecen congénitas (variaciones naturales del individuo) cuyo resultado es el carácter."

Ahora bien, si tratándose de manifestaciones de la vida mental, encuentra causas diversas a esas diferencias, al tratarse de actos cuya raíz está en la voluntad, como sucede con el acto heroico, el análisis entregara una causalidad de carácter mucho más complejo teniendo en cuenta que el acto heroico es creador.

El historiador, el filósofo y el moralista, juzgan el acto heroico, cada uno, desde su punto de vista particular.

Para el historiador, el acto heroico forma parte del material con que elabora la reconstrucción que sólo a él corresponde hacer de las manifestaciones de vida humana o sucesos que las generaciones van legando año tras año y siglo tras siglo, en perenne cadena.

El historiador es un apasionado al relatar los hechos; su concepto filosófico imprimirá en lo que expone el matiz con que trate de inclinar al lector hacia la admiración o hacia la condenación franca de determinado acontecimiento histórico. Pero sin ese apasionamiento, la historia sería una especulación deshumanizada hecha a base de conceptos.

Porque el artista se desinteresa de todo lo que no es su obra, es capaz de realizar los prodigios de colorido, palabra o música que encantan a quienes estén dotados de la intuición necesaria para sentir la obra de arte.

Si el historiador no escribiera como dice Caso de filósofo, "con toda el alma vibrante", no podría dar "la intuición de la vida que fué."

Sólo así, afirma Caso, "se infunde nueva vida en lo inerte, y resurgen las instituciones y las creencias desaparecidas."

Si el historiador no estuviera animado de esa forma de simpatía que constituye el verdadero sentido histórico, no merecería tal nombre. No es sólo el hecho de relatar acontecimientos lo que caracteriza al historiador, sino que pueda revivir acontecimientos y hacer vivir a los personajes que siente que fueron, merced a esa forma suprema de simpatía que lo hace captar la realidad.

Sin dotes de historiador es inútil leer crónicas, escudriñar en archivos, observar fotografías o pinturas, poseer datos biográficos, cartas, diarios y diálogos.

La verdad histórica no se reconstruye con inteligencia y datos no más, necesita del poder evocador del espíritu que la reconstruye, capacitado para intuir sucesos.

Emil Ludwig, en su obra "Genio y Carácter", (página 20) expresa de manera admirable el valor que tiene en la especulación histórica, la intuición. Afirma que el saber interpretar las fuentes es un arte intrasmisible, no una ciencia trasmisible. "El erudito puro, que a la luz de su lámpara lee diferentes relaciones de una batalla, de una conferencia, de una cita, del momento de una muerte, y ve que difieren mucho entre sí, adoptará mucho más difícilmente una determinación que el hombre de mundo o el artista, pues le falta la facultad de comparación que el uno saca de sus múltiples experiencias y el otro de su capacidad intuitiva."

El piensa que Burckhardt y Carlyle "procedieron situándose espiritualmente no sólo en el lugar, sino al mismo tiempo en el alma de todas las personas, dejando que lo resolviera todo el sentimiento, la fantasía y el conocimiento del alma."

Para el historiador el acto heroico es motivo de una forma de interpretación en la cual, el elemento principal es de naturaleza emocional. Si no llega a ese cuarto grado que Max Scheler considera en su libro "Naturaleza y Formas de la Simpatía," como el de la verdadera fusión afectiva, no podrá entregar la reconstrucción del pasado que a él toca revivir.

Su intuición dará el conocimiento por la idea y la emoción en admirable síntesis espiritual. Su dialéctica estará presidida por la razón especuladora, analítica; pero con los datos de razón, el historiador hará presente al espíritu un pasado impregnado de realidad por la lógica que no es racional, por la que presta su palabra al iluminado y su fuerza al héroe, por la que existen los místicos, por la que se hicieron los santos, por la que mueren los mártires.

El filósofo tiene que buscar en el acto heroico lo metafísico, los datos últimos que hacen la esencia. Su especulación ocupa un lugar

Caballeros;
sus vestidos de casimir,
Señoras y Señoritas:
sus abrigos a la medida o sus vestidos estilo sastre, sólo la
Sastrería La Colombiana
de FRANCISCO GOMEZ e HIJO
podrá complacerlos; única especializada en esta clase de trabajos.
HAGA UNA VISITA Y SERA BIEN ATENDIDO
Av. Central - Frente a las Cías Eléctricas - TELEFONO 3283
Solicitamos agentes, servicio renumerado

opuesto al del historiador en un sentido; en tanto que éste último toma el hecho humano en su individualidad para revivirlo, el primero busca la esencia, la causa primera, lo que es eterno.

El moralista relaciona el acto heroico con el concepto de bien que en cada cultura prevalece.

En todas las teorías de la conducta existe siempre un principio que sirve para calificar los actos. De acuerdo con un concepto determinado los actos humanos serán buenos o dejarán de serlo. Para el moralista el acto heroico es el acto moral que mejor cumple su fin dentro del concepto del bien. Caso señala como perfecciones posibles del moralista: enseñar, fundar y vivir la moral, e indica "una cuarta sublime, morir por el bien."

El que muere por el bien, ya no es un moralista, sino un héroe. Al moralista le basta para serlo, cumplir los tres fines que señala el maestro; cuando traspasa los límites de lo humano llega a ese mundo de superación en que el hombre forja la historia. Sócrates fué más que un "moralista perfecto", fué un moralista y además un héroe.

El filósofo, el historiador y el moralista enseñan lo que es un héroe, dando fundamentos distintos del acto heroico, ya que cada uno mira el fenómeno desde un punto de vista diferente y cada uno al darnos un conocimiento no nos entrega sino parte del mismo; ninguno lo da de manera total.

Se puede obtener del filósofo una intuición metafísicamente iluminada, del historiador una intuición bañada de realidad y del moralista una intuición impregnada de racionalismo.

Pero quien puede darnos una intuición del acto heroico que nos permita compenetrarnos con él, es el poeta, para quien el pasado y el porvenir no tiene secretos. Sólo él es vidente y puede, en un arranque de suprema inspiración, vivir con el héroe y cantar su epopeya hasta el grado de intuir las propias emociones del héroe y expresarlas, aun cuando el poeta sea incapaz de tener para con sus semejantes el más pequeño movimiento generoso, cuando se le considera simplemente hombre, sin ese otro atributo que lo hace creador de belleza.

(Concluirá en la próxima entrega)

Versos nuevos de Billo

(Para el *Rep. Amer.* Costa Rica y mayo de 1940).

Carta para Pín

Mi nieto de diez años que ya quiere ser *grande.*

Oh, Pín! Tu fotografía
me trajo gran alegría
y al mismo tiempo dolor;
tu postura de hombrecito
que en la cara lleva escrito
el horrible sanbenito
del trabajo abrumador,
me ha dejado pensativo;
y recordando un motivo
de mi infancia triste y sola
arrollada por la ola
del trabajo sin amor,
he encontrado en tu figura
llena de triste dulzura
fidelísima pintura
de mi vida sin albor.

¿Por qué tan hombre te has hecho
oh, mi Pín, si no hay derecho
a llevar dentro del pecho
mal herido el corazón
cuando la infancia divina
nuestro sendero ilumina
y a los lados salta y trina
el ave de la ilusión?

No, mi chiquillo adorado,
por broma te has disfrazado
de hombre. Tú no has reparado
que al tomar tal posición
sobre tu espalda colocas
una carga como pocas:
Un montón de duras rocas
que forman recio peñón.

No te adelantes, chiquillo,
a la punta del cuchillo
que nos aguarda, Pincillo,
para herir el corazón
cuando la infancia declina
y envueltos en la neblina
de la tarde mortecina
de hombres tomamos el don.

No, mi chiquillo adorado,
si con mi cuerpo cansado
por las penas encorvado
pudiera yo detener
el curso de tu existencia,
en perpetua adolescencia
te haría permanecer;
porque el dolor de ser hombre
no es dolor, tiene otro nombre
que tú no debes saber.

Goza tu niñez hermosa,
confórmate con ser rosa
sin querer ser otro cosa
mientras dure tu niñez;
que aunque quieras o no quieras
—ojalá nunca lo fueras—
serás grande alguna vez.

1º de Mayo de 1940

Ultimo anhelo

En el cementerio de La Chacarita.

Cuando esta lucha que es mi vida
llegue a tener digno final
(ojalá sea dando cima
gallardamente a algún afán)
en este humilde cementerio
que con sus olas besa el mar
y con sus brisas el estero
llena de fresca y dulce paz,
bajo la sombra de un almendro
me agradaría reposar.

En tosca tumba ornamentada
por un gigante caracol
en cuyo cuenco resonara
del infinito la alta voz,
¡cómo soñara con las cosas
que cautivaron mi emoción:
el firmamento inmensurable
donde un anhelo superior
bate sus hélices potentes
en incansable aspiración;
*las ilusiones caricio*sas
que en la onda amarga del dolor
posan sus alas de gaviotas
abrillantadas por el sol;
las blancas velas que aparecen
en el confín, desde el jarrón
del horizonte, como pétalos
de una escondida, inmensa flor...!
¡cómo soñara por las noches,
al melancólico claror
del plenilunio, con las cosas
que más amó mi corazón:
el cielo azul, pleno de estrellas,
y el mar, cantando su canción...!
¡Cómo escuchara los bramidos
de la furiosa tempestad
al recibir los latigazos
de su Señor, el vendabal!
¡Cómo pensara que mis pobres
huesos, bañados por el mar
cuando las olas salten locas
en una sed de inmensidad
sobre las tumbas que dormitan
en el silencio de su paz,
han encontrado al fin la tumba
de mi poético anhelar...!
¡Cómo se hiciera entonces uno
mi corazón, con el del mar...!

Himno de la Escuela José Martí

La Escuela redime, la Escuela liberta,
la Escuela es impulso de superación.
Por eso es que ostenta feliz nuestra escuela
el nombre glorioso de un libertador.

Martí fué un maestro de niños, poeta,
conductor de pueblos a la redención.
Su lira dió cantos de eterna belleza,
su espada dió rayos fúlgidos de sol.

Martí fué el apóstol más grande de su época,
puro en su palabra, valiente en su acción.
Vivió su enseñanza con unción profética
y murió por ella frente al opresor.

Sigamos su ejemplo los que en esta escuela
vivimos el culto del Libertador.
Martí será el guía, Martí la bandera.
Martí, Martí el noble y heroico blasón.

La Escuela redime, etc. etc.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

La Escuela *José Martí* de San Rafael de Heredia abrió un concurso para la letra y música del Himno de la Escuela. Fue aceptado el que presentó nuestro poeta José María Zeledón B. (Billo).

Alas sobre Europa

(Para el *Rep. Amer.*).

A Mrs. Franklin D. Roosevelt, digna compañera del *Paladín de la Democracia*

América, escucha:
no es vuelo de garzas ni de ángeles...
Son alas que cubren el vasto horizonte
rompiendo las nubes,
retando los vientos;
son alas del hombre que el Odio fabrica,
son alas de aviones guerreros...

Las alas del ángel trajeron al mundo
su luz de esperanza:
un iris de ensueño, de paz y armonía..
Las alas del ave
llevaron al campo y al bosque y al río
su inquieta prestancia,
sus giros de luces,
el himno del vuelo triunfal y gozoso
y arrullos maternos de nidos...
Las alas del hombre que fueron un día
banderas de Ciencia,
que alzaron el vuelo rompiendo mil vallas
por dar al Progreso conquistas eternas,
hoy son mensajeras de ruina y de muerte,
hoy son emisarias de instintos protervos...

¿Qué monstruo iracundo
se adueña del Orbe y a Dios desafía
hollando las leyes divinas,
cambiando las normas humanas,
trocando en pavesas
las nobles conquistas del alma?

Son hombres que tienen ancestros de infierno.
Son hombres que nutren instintos salvajes
lo mismo que a lobos
y luego los lanzan en formas siniestras
de tanques, de bombas,
de monstruos marinos,
de pájaros fieros...

Y todos sabemos de quién son las manos
que azuzan las hienas;
cuál es la pupila soberbia, avizora,
que sigue la cárdena estela
de tales jaurías...
Una alma desierta que nunca ha sentido
el ala de un ángel rozar su existencia;
que nunca ha mirado la imagen de un niño
copiarse en sus ojos malditos;
que ignora la gracia, la música santa
que encierra en sus trinos
la risa de infancia...

Europa está en llamas...
Europa está envuelta
en sangre y en lágrimas...!

Ya no baja la tierna cigüeña
con fardos benditos;
sólo vuelan las aves que riegan
la hiel de la angustia
y atruenan con furia el espacio...
Ya no llega la azul golondrina
buscando el alero de viejos amigos,
ni tampoco la grácil paloma
llevando en sus plumas billetes de amores...

Sólo vuelan las hoscas bandadas
lanzando su aliento
que incendia los aires,
que incendia la tierra...
La Vida perece doquiera trepidan
las alas maléficas:
la Muerte se yergue cantando sus triunfos
y sube a los cielos
la voz de los niños
que el soplo infernal de la guerra
dejara sin nidos...

Los niños...! La miel de la tierra...!
La luz de los pueblos...! La esencia del [mundo...!
Los niños tronchados
cual blandas espigas
por hoces salvajes...
Los niños buscando entre esconmbros
el rastro sangrante
que dejan sus padres...
Los niños asidos a troncos
de mútiles miembros,
buscando la luz de unos ojos
cerrados por siempre;
la miel de unos besos
que un hielo de muerte congela en los labios...
Los niños pidiendo a los hombres,
clamando a los cielos
piedad para el mundo... piedad para ellos...

La voz de esos niños,
su llanto-alarido
se mezcla al rumor de las alas
que cubren a Europa
y se alza más alta
pidiendo clemencia...
Clamando Justicia, la eterna palabra,
la sola palabra que habrá de salvarlos...

Que suba el clamor de los niños,
que escale las sierras,
que llegue hasta el cielo
y encuentre el lucero de nuevos fulgores
que habrá de alumbrar otras sendas...
Que irradie en las almas de todos los hombres
el dulce reflejo:
florezcan de amor los hogares
y llenen los aires bandadas de aviones
llevando el comercio,
las ciencias, las artes...
Retornen la fiel golondrina,
la amante cigüeña, la dulce paloma
y todas las aves unidas
entonen el himno que cantan las madres...!

MARÍA OLIMPIA DE OBALDÍA

Mayo 17 de 1940. (Panameña)

Soberbia y vanidad se oponen

Ortega (*José Ortega y Gasset*) es un soberbio, si ustedes quieren, un ensoberbecido, peno no un envanecido. El soberbio se basta a sí propio, se nutre de su interna germinación y no necesita de los demás, se halla completo en sus entrañas. No hay oquedades que le inquieten, se siente internamente solidario, unido, de una sola pieza. El envanecido, en cambio, se siente incompleto, castrado, carece de reciedumbre anímica y anda inquiriendo opiniones ajenas acerca de su persona. Sólo así cree adquirir consistencia. Vive, porque los demás viven; desconoce la plenitud que da la soledad.

Nada más opuesto a la soberbia que la vanidad. La soberbia es una virtud, una virtud que pueden aspirar a poseer sólo los bien dotados o mejor dicho, la soberbia es una virtud anexa a la superabundancia interior. El soberbio es un magnánimo, en el estricto sentido del término. Por el contrario, la vanidad es un feo defecto, quizá de origen biológico — de allí que sea el único patrimonio del filisteo. Ella acusa una intensa pobreza de alma; por eso el vanidoso es un pusilánime ,también en la acepción más rigurosa del vocablo.

(José Iturriaga, *Letras de México*, Nº del 15 de mayo de 1940, México D. F. Del artículo: *La soberbia de un intelectual*).

La moral alemana

No cabe asombrarse. Puesto el Sr. Ribbentrop en la profesión de locutor, hará con exactitud análoga lo que hacen los empleados del hitlerismo, quienes ven en la mentira, en la difamación, en el invento desopilante, un método de nublamiento universal. Lo practican los alemanes desde que aparecieron en la historia. La mentira es consubstancial con el espíritu político alemán —la mentira y la crueldad impune— según los testimonios más remotos. Los que han leído a los cronistas romanos, a los historiadores medioevales, a los modernos narradores de la vida de relación de Alemania, considerada en conjunto, en masa tribal o en masa nacional, no se sorprenderán ante esas tentativas de fraude. Ello se debe probablemente tanto a la falta hereditaria de pudor como a la convicción absoluta de su superioridad de raza, de nación providencial que se dirige a multitudes inferiores diseminadas por la tierra y que por esa condición de inferioridad están obligadas a creer lo que se dice en Berlín.

...La mentira, la crueldad, la calumnia, la difamación, usadas como instrumento de dominio, o como factores de un ideal, forman la moral alemana, y por formarla, o sea por la propensión a la inmoralidad, ha podido llegar ese pueblo a la tolerancia de su caudillo y de su sistema. Desconoce que a pesar de la iniquidad anárquica en que ha vivido y vive la humanidad, la medida moral es la postrera y definitiva medida con que se decide su destino, y desconoce, por ende, que un pueblo que admite impávidamente a intérpretes o gobernantes como el locutor de Berlín, acabará ineludiblemente por el hundimiento, en el pavoroso hundimiento con que se venga la civilización de los que conspiran contra sus designios.

(De *Alberto Gernuchoff*, en el semanario *Argentina Libre*, Bs. Aires, 2 de mayo de 1940. Artículo: *El locutor de Berlín*).

Tome y lea

Turgeniev: *Asia* (Novela) . . . . . ₡ 1.00
Pablo Palacio: *Vida del ahorcado.* (Novela) 2.00
Benjamín Jarnés: *Escenas junto a la muerte* (Novela) 3.00
Lidia Sefulina: *Virineya* (Novela) . . 2.50
H. D. Barbagelata: *Para la historia de América* 3.00
Arturo Borja: *La flauta de onix* (Poesías) 2.00
Porfirio Barba Jacob: *Rosas negras* (Poesías) 3.00

Los consigue con el Adtor. del *Rep. Am.* Calcule el dólar a ₡ 5.00.

Antonio S. Pedreira: Vida y expresión

(Colaboración para el *Rep. Amer.* Río Piedras, Puerto Rico, abril de 1940).

Vida

No voy a trazar un esquema biográfico de Antonio S. Pedreira por las vías usuales: límites expresados en fechas exactas; hechos a todos visibles de estudios, honores y fracasos; resonancias deformadas por el comentario incomprensivo o superficial. Quiero describir la vida de Pedreira como la vieron cotidianamente mis ojos, sin sospechar que veían el dramático cumplimiento de deberes que una voluntad espoleada por aguijones misteriosos se imponía sin descanso.

Como estudiante en la Universidad de Columbia—momento duro de superación académica—Pedreira, mi condiscípulo entonces, aprovechó todos los cursos accesibles a su escaso haber, terminó su tesis de Maestro en Artes y en las horas que otro hubiera dedicado a las diversiones que ofrece Nueva York, hizo algo que no supe hasta que leí el prólogo de su *Bibliografía Puertorriqueña*. Comprendí entonces las largas ausencias de Pedreira, mientras la Casa Internacional donde nos alojábamos celebraba bailes o fiestas de las naciones, o cuando meramente charlábamos en grupos en el gran salón de invierno. Porque "al filo de otros empeños" el estudiante desglosaba los conjuntos que habían de ser fuente de la *Bibliografía*.

Octubre era un remolino de color en parques y arboledas, mirado con asombro por quienes sólo conocíamos la gama de los verdes tropicales. Del Hudson, en noviembre, soplaban vientos agresivos, látigos de hielo. Hasta febrero, la nieve amontonada en las calles ponía resbalosas vallas a la aventura de ir a estudiar al Museo Hispánico o a la Biblioteca de la Ciudad. En primavera era dulce ver reventar los botones de los árboles y gozar de la suave luz renovada. Ni amenazas ni halagos del clima extranjero, apartaron a mi amigo de sus investigaciones, con las cuales, en su propio decir, preparaba, simplificando los caminos, el diagnóstico espiritual de su pueblo. Y todo ello trabajo realizado fervorosamente y en silencio. Yo no adiviné entonces el alcance de aquel afán, que él sabía trascendente. El trabajo con ausencia de vanidad y desdén por el aplauso fácil o prematuro es lo que convierte a esta vida en ejemplar rarísimo, sobre todo en nuestro ámbito isleño, donde el revolar de la fama se mantiene a veces con brillos falsos y colorines indecorosos. La afirmación de Pedrreira como valor admirado o discutido, pero valor señero, aún en la conciencia de quienes le impugnaron, es el logro más alto de su equilibrio moral.

En las faenas del Departamento de Estudios Hispánicos, escrupulosamente velaba por el bienestar de sus compañeros: el salón más incómodo lo dejaba para sus clases; estudiaba los programas para que todos tuviéramos siquiera una tarde de descanso; recibía continuas visitas de estudiantes o antiguos discípulos y para todos tenía réplicas humorísticas o graves pero siempre certeras en la sugestión necesaria. A todo atendía con la sencillez del fruto que madura para darse y desconoce otro destino.

No puedo concebir esta vida metafóricamente sino en claroscuro: sombra y claridad alternadas, no simultáneas. La sombra aquí es recogimiento e intensidad vital, buceo de la inteligencia, fatiga del investigador, esfuerzo, en suma, sembrado de renunciaciones. Renunciar a esas humildes cosas que los espíritus selectos aman: la conversación sosegada, la lectura sin más trascendencia que el goce de lo leído por bello; el inofensivo ejercicio de contemplar e imaginar. La claridad externa se hace en el instante en que el silencio se interrumpe para dar paso a un libro, a un ensayo, a un artículo.

Antonio S. Pedreira

Río subterráneo de profunda corriente fué esta vida, que por momentos rompió brechas vertiéndose hacia arriba en surtidores amargos, como las realidades que definió. Porque estas realidades, según confesó él mismo, "le acosaron a preguntas y quebrantaron insistentemente su reposo."

Expresión

Seis libros publicados y dos inéditos; algunos ensayos y artículos dispersos en revistas, niegan, con su unidad intencional y la dación sin pausas a lo nuestro, aquellas palabras que terminan el prólogo de *Artistas*: "No hace uno cuanto debe: hace lo que puede". Detrás de esas palabras está la insatisfacción que había de punzarle hacia deberes que él mismo se asignó: el más cumplido, la dedicación a temas desgajados de la vida y la conciencia puertorriqueñas. Hizo aquí lo que debió y no pudo hacer más en la medida de su tiempo colmada de súbito.

Artistas recoge la adolescente zabullida en lo universal con más largo detenimiento en lo español e iniciación en lo puertorriqueño. El *Ensayo cromático* es el límite más cosmopolita de aquel libro, donde el extremo más regional recoge la polémica sobre los términos *portorriqueño* y *puertorriqueño*.

El entusiasmo por los epigramas de Marcial, descritos por Pedreira como sátiras festivas y venenosas, anticipa, cambiando el veneno por el noble propósito de mejorar las publicaciones nativas, una de las facetas más eficaces de su obra: la serie de *Aclaraciones y Crítica*. Allí el humorismo, duende gracioso, vigila siempre tras la expresión grave o admonitoria para abrir el grifo de la travesura.

Pero *Artistas* es aún, en conjunto, libro de juveniles tanteos. El salto afirmativo que da Pedreira dos años más tarde, al publicar *Hostos, ciudadano de América*, acusa un acelerado proceso de madurez que ahora se define en anhelo de avanzar con botas de siete leguas, como el personaje del cuento infantil. La biografía de Hostos comienza en nuestro país y en el mundo, la revaloración de la obra hostosiana, pero es también, como escribe en los libros de hombre fundamentalmente buenos, una autodefinición. Describe Pedreira a Hostos, urgido por apetencias de integridad moral, labrando a golpes de renunciación y de abstinencia "la columna interior en que han de descansar los hábitos". Y esas palabras revelan el proceso de su propia vida. La limpieza, bondad y deseo de ser justo que a Hostos atribuye, fueron también sus virtudes.

De aquí a los desfiladeros de *Insuralismo* sólo hay el atajo de dos años. Sarta de ensayos girantes alrededor de un tema único: el cómo hemos sido y cómo somos, *Insularismo* fué la obra más amada de su autor, la que vistió de más humana y ardiente sinceridad. Como afirmé en la *Revista Hispánica Moderna* de la Universidad de Columbia, "complejas son las implicaciones del tema que parten de soportes biológicos, geográficos, históricos. Nunca se nos había hablado con más valentía de nuestros defectos. Y el vigor de la censura ha levantado las reacciones contrarias de muchos y la aceptación serena de unos pocos. Más allá de nuestro acatamiento o disconformismo ante el libro de Pedreira, deberá situarse nuestra simpatía por quien afirma, en confesión que descubre su inquietud ante nuestro destino: "Nosotros creemos, honradamente, que existe el alma puertorriqueña, disgregada, dispersa, en potencia, luminosamente fragmentada, como un rompecabezas doloroso que no ha gozado nunca de su integridad."

Jorge Mañach en su ensayo *La Crisis de la Alta Cultura en Cuba*, Samuel Ramos, en *Perfil del hombre y la cultura en México*, José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* no analizaron con más fervor lo nacional respectivo, descubriendo sus fallas y peligros. Así *Insularismo*, situándose estrictamente en el puertorriqueño, responde a inquietudes sincrónicas de la juventud hispanoamericana contemporánea, y, como me escribe Manuel Pedro González doliéndose de lo que en Pedreira hemos perdido, es, en su capítulo final, aplicable a toda Hispanoamérica.

Cuando el autor de *Insularismo* exhorta a los puertorriqueños a cultivar ideas y sentimientos viriles; cuando nos previene contra la equivocada suficiencia con que igualamos los valores humanos creyéndonos capaces de opinar, sin previo conocimiento, sobre todas las situaciones, señala la confusión injusta que entre nosotros desequilibra las jerarquías espirituales, minando "la dimensión más expresiva de la cultura: la profundidad."

Insularismo, y esto lo aclara desde la segunda página su autor, sólo aspiró a plantear problemas, no a resolverlos. Tan grave son los nuestros, que nadie en justicia debió exigir a Pedreira soluciones que no son posibles a un solo hombre y necesitan tiempo y espacio para forjarse con validez. El remedio para nuestra crisis sólo pudo expresarlo Pedreira en una fórmula de posibilidad. Meditemos sobre estas palabras suyas y hagamos acto de contrición y acopio de civismo para vivirlas cabalmente:

"Si en esta crisis de nuestra cultura hacemos una recaudación de alientos superiores,

(Concluye en la pág. 202)

Enrique González Martínez

(Colaboración para el *Rep. Amer.* México D. F., mayo de 1940).

La Universidad Nacional, anunció un homenaje en honor de Enrique González Martínez, con motivo de que el gran lírico cumplió setenta años y para patentizarle, que la citada institución cultural, lo reconoce como a uno de los más altos valores intelectuales.

Ignoro si se llevará a cabo la ceremonia, lo que sí sé y lo sé con melancolía, es que el autor de *Los senderos ocultos*, necesitó llegar a las puertas de la senectud para que, oficialmente, se le reconociese el grado de Mariscal de las Letras Mexicanas.

No me acuerdo en donde leí, ¡ah, sí!, lo cuenta André Maurois, el más hogareño de los grandes escritores franceses, en su bello libro *Arte de vivir*, que: cuando los intelectuales ingleses festejaron los setenta años de Wells, este formidable escritor, pronunció unas palabras cuajadas de "humour" y dijo, que aquel homenaje le hacía pensar en el sentimiento que experimentaba un niño, cada vez que su aya le recordaba: "Es hora de que te vayas a acostar. . .". Cuando llega la hora, el niño protesta, pero en el fondo siente que el sueño se apodera de él y que la cama le brindará un sabroso descanso. La muerte —agrega Mr. Wells— es una aya afectuosa y severa; llegado el momento, viene a decirnos: "Es tiempo de que te vayas a acostar". Resistimos un poco, pero reconocemos que la hora del reposo ha llegado y, en el fondo de nuestro corazón, es la tranquilidad que esperamos.

O mucho me equivoco, pero estoy seguro que Enrique González Martínez no piensa lo mismo que Mr. Welles, porque, como vulgarmente se dice —y esto no es un cumplimiento— el Dr., no representa la edad que tiene; no obstante que la vida, en estos últimos años, le ha herido varias veces el costado con *anchas heridas mortales*, como decía Becquer y, otras, le ha dado a beber un cáliz de amargura.

El autor de *Silente*, aprendió el arte de envejecer, no en las elegantes conferencias de Maurois, sino en el parpadear constante de su estrella; estrella veleidosa, dueña de mágicos reflejos, pero que también se obstina en ocultarse entre velos de dolor y de olvido y esas congojas apenas se adivinan en el rictus del insigne poeta, o en el sollozo que se le ahoga y se vuelve suspiro, un suspiro de resignación que no llega a la debilidad de la queja, "Los suspiros son aire y van al aire"... para citar otra vez a Gustavo Adolfo.

La vida de González Martínez, es un dechado de dignidad, comparable a la vida que llevó Don Federico Gamboa, aquel "santo varón de costumbres puras, que en su mocedad hizo diabluras."

Unos meses antes de su muerte, me encontré al venerable Director de la Academia Mexicana de la Lengua y le hice la ritual pregunta:

—¿Qué tiene usted de nuevo, Don Federico?

—¡Nada, hijito!—me contestó con su pálida voz de asceta—¡ni siquiera una traje en abonos!

Esta es la cruel realidad del intelectual mexicano: las ilusiones se envejecen, como se envejecen las mujeres galantes, a pesar del maquillaje y, los laureles quiméricos se marchitan sobre la frente de los triunfadores, produciendo un rumor funerario de hojas secas y al pobre intelectual sólo le queda un sabor de ceniza entre los labios.

El drama del escritor mexicano, se representa en toda nuestra América, únicamente

Enrique González Martínez

(Dibujo de C. *Zalcedo*)

cambian los nombres de los actores. Se llaman: Baldomero Sanín Cano, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Joaquín García Monge, Pedro Henríquez Ureña; o se llamaron: José Asunción Silva, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni y es larga la caravana de los ilusos.

En Europa, no pasa lo mismo, el calvario del escritor es menos humillante. Francia, Inglaterra, Italia, España, tienen una cantidad fabulosa de premios para los intelectuales que son más efectivos que los clásicos laureles. ¡Si se comiera la sopa de laurel!

Hace apenas unas cuantas semanas, *Le Temps*, publicó casi una página de los premios literarios que anualmente se conceden en Francia y ayer leí una carta en *Repertorio Americano*, de San José de Costa Rica, de José Pijoán.

—"¿Saben ustedes —escribe Pijoán— que los países escandinavos tienen un servicio nacional de subvencionar sabios y escritores de mérito reconocido con una partida en el presupuesto del Estado? Son unas vitalicias de 3000.00 dólares anuales cada una."

Yo sí lo sabía, los que no quieren saberlo son los gobiernos de este Continente feraz, donde un Leopoldo Lugones se esconde en una isla para aquietar los latidos de su corazón delirante, con un piadoso veneno; donde una Alfonsina Storni se arroja al mar como quien se arroja a una inmensa esperanza licuada, o a un mundo nuevo donde la vida promete ser melodiosa y placentera y en el vocabulario está prohibida la palabra "sufrimiento". La desencantada poetisa se ha de haber llevado en sus ojos tristes, la postrera visión de mil pañuelos que le decían "adiós": eran las gaviotas que agitaban sus alas en el azul impávido del cielo. Alfonsina, como en el verso de Nervo, fué la gota que se volvió a la mar.

Grato ha de haber sido para Enrique González Martínez, el homenaje de la Universidad Nacional, pero más efectivo sería para él una pensión vitalicia, llena de largueza, para poder, con tranquilidad y con amor, dedicarse a escuchar las palabras del viento y a buscar el sentido oculto de las cosas.

GUILLERMO JIMÉNEZ

Estas palabras...

Henri Bergson decía en 1914: "Alemania sucumbirá. Fuerza material y fuerza moral, todo lo que la sostiene, acabará por faltarle. La guerra significa para ella un consumo colosal de hombres, de energías, de elementos materiales, que no puede renovar. El ideal moral que defiende Alemania es de baja ley. Es el materialismo crudo. La fuerza por encima del derecho. La energía alemana le viene de su orgullo. Su resistencia moral no es sino la confianza en su resistencia material. Antes de que Inglaterra iniciara el bloqueo, Alemania se había bloqueado a sí misma moralmente, aislandose de todo ideal que pudiera vivificarla. Alemania vive de sus reservas morales, que se le van a agotar. Que se hundirá al primer revés. Sus recursos se usan con la misma rapidez que su valor". A un amigo que le pidió permiso para reproducir estas palabras añadiéndoles algo que las hiciera actuales, Bergson le contestó: "No hay nada qué agregar. Son de rigurosa actualidad. La Alemania de hoy es idéntica en su esencia a la de 1914. La misma nación brutal y sin escrúpulos. Como la vencimos entonces, la venceremos hoy."

Ojalá el ilustre filósofo no se equivoque y el milagro del Marne se cumpla por segunda vez.

*

Georges Duhamel dice que nuestros males provienen de que la civilización técnica —la alemana— oprime, suplanta y amenaza con aniquilar la civilización moral, que es la verdadera. Al paso que en Francia e Inglaterra se estudia la manera de resolver este grave problema, otros pueblos aspiran a la dominación por el desarrollo monstruoso de la civilización industrial, el armamento, el equipo técnico. Por esto hoy tienen en peligro a las desventuradas sociedades humanas. La paz futura será precaria si no está regida por un consejo supremo de civilización que concilie el trabajo del legislador y el del inventor. Es decir, que el genio humano no se dedique, como con tanta frecuencia lo ha hecho, a destruir la frágil ventura de los hombres. Para el establecimiento de la paz y de la felicidad futuras, Francia es irreemplazable en el concierto de las naciones. Desempeña en el mundo un papel que ningún otro pueblo podría desempeñar."

Estas palabras escritas por Duhamel hace un mes, tienen hoy un sabor amargo. Nos dicen cuánto estamos expuestos a perder y cómo será la paz germánica, si acaso llega a imponérsele a la humanidad, privada del faro francés. De este espíritu de análisis y de crítica, que es una de las características del genio francés, y sin el cual nos tornaremos en instrumentos ciegos y mudos de una deidad implacable.

(Calibán. *El Tiempo*. Bogotá, 18-V-40)

Noticia de libros

(Indice y registro de los que nos envían los autores, centros de cultura y casas editoras).

De la producción nacional costarricense:

Cipriano Güell: *De la ruta de la vida.* Crónicas. Recuerdos de antaño. Impresiones de viaje. Editorial Trejos Hnos. San José, Costa Rica. 1940.

Cortesía del autor.

Colegio Superior de Señoritas: *Album del Cincuentenario* 1888-1938. Imprenta Lehmann. San José, Costa Rica.

Cortesía de la Dirección del Colegio.

Claudia Cascante de Rojas, profesora de Estado: *Castellano*: Desarrollo general del programa y especialmente de las tesis de bachillerato. Librería, Imp. y Litografía Universal. San José de Costa Rica. 1940.

Atención de la autora.

Patria Grande. Lecturas centroamericanas con seis mapas complementarios. Ilustraciones de Juan Ml. Sánchez.

Editorial Soley & Valverde. San José, Costa Rica. 1940.

Envío de la casa editora.

Revisaremos en estas páginas estos libros.

*

Son 8 los primeros libros que nos llegan de la Editorial SENECA, en México, D. F.

El gran escritor español José Bergamín y sus amigos han fundado esta editorial, llamada a destinos superiores en el mundo de habla hispana. Están presentados con suma elegancia. Veamos:

En la serie *Lucero*:

Piedras Blancas, seguidas de *Experiencia de la muerte* y *La libertad y la gracia en San Agustín.* Por P. L. Landsberg. México, D. F. 1940.

Precio: ₡3.50.

En la Serie *Arbol*:

Baraja de Crónicas castellanas del siglo XVI. Selección y prólogo de Ramón Iglesia.

Este libro pertenece a *Primavera y Flor*: Colección popular de clásicos castellanos españoles dirigida por Pedro Salinas. México, D. F. 1940.

Precio: ₡3.50.

En la misma serie *Arbol*:

El Victorial. Crónica de Don Pedro Niño, por Gutierre Díez de Games. Selección, prólogo y notas de Ramón Iglesia. México, D. F. 1940.

Precio: ₡ 5.00.

También en la serie *Arbol*:

José Bergamín: *Disparadero español.* 3: *El alma en un hilo.* México, D. F. 1940.

Precio: ₡ 4.50.

En la misma serie:

Poesías de Gil Vicente. Por Dámaso Alonso. México, D. F. 1940.

En la serie *Estela*, colección popular de libros de Medicina, dirigida por el Dr. Julio Bejarano:

La mujer, el amor y la vida. Nociones de biología femenina. Por el Dr. José Torre Blanco. México, D. F. 1940.

El problema social de la lepra. Contagio, profilaxia y tratamiento. Por el Dr. Julio Bejarano. México, D. F.

Precio: ₡3.00.

En la serie *Lucero*:

España, aparta de mí este cáliz. 15 poemas por César Vallejo. Prefacio de América (palabras preliminares por Juan Larrea). México, D. F. 1940.

Precio: ₡3.50.

(Estos libros los consigue Ud. con el Adr. del *Rep. Amer.* Calcule el dólar a ₡ 5.00.

*

Los últimos libros que ha publicado la Editorial LOSADA (Bs. Aires. Tacuarí, 483):

En la serie: *Las cien obras maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal:*

Plutarco: *Vidas paralelas.* Tomos IV y V. Nos. 23 y 24 de la serie. En la famosa traducción directa de Antonio Ranz Romanillos.

En la *Biblioteca del Pensamiento vivo*:

León Trotsky: *El Pensamiento vivo de Marx.* Traducción de Luis Echávarri.

Ignazio Silone: *El pensamiento vivo de Mazzini.* Traducción de Felipe Jiménez de Asúa.

En la *Biblioteca del Maestro*:

Augusto Messer: *Introducción a la Psicología y direcciones de la Psicología en la actualidad.*

Traducción del alemán por Julia Rodríguez Danilewski.

En la serie *Ciencia y Vida*:

René Fulop Miller: *El triunfo sobre el dolor.* (Historia de la anestesia). Traducción de Felipe Jiménez de Asúa.

El Destino marcó con el sello del dolor la vida de ciertos heroicos hombres de ciencia que se consagraron a combatir los sufrimientos de la Humanidad, descubriendo la anestesia.

En la sección *Contemporáneos*:

Ramón del Valle-Inclán: *Cara de plata.* Es la primera obra de su trilogía de "comedias bárbaras".

Ramón del Valle-Inclán: *Aguila de blasón.* Comedia bárbara.

Tomo XII de las *Obras Completas.*

Angel Ganivet: *Cartas finlandesas.*

*

Libros recientes en las ediciones ERCILLA, Santiago de Chile:

En la *Biblioteca Amauta*:

Descartes: *Reglas para la dirección del espíritu.*

En la *Colección Cóndor*:

Thomas Mann: *José en Egipto.* Traducido especialmente por Hernán del Solar.

En la misma colección:

Jesús. Ensayo de crítica. Por Ricardo Dávila Silva.

En la colección *Contemporáneos*:

Puna, novela boliviana. Por Hugo Blym.

En la colección *Ideas y hechos contemporáneos*:

Cooperativas (Publicación de The Foreign Policy Association). Traducción de Inés Cané Fontecilla.

En la colección: *Filosofía orientalista y ocultismo*:

Shri Aurobindo: *Ojeadas y pensamientos.* Prefacio de Jean Herbert. Traducción de Rosa Chacel.

*

Una editorial nueva: la *Editorial ABC*. En Bogotá, Colombia.

Nos llega:

Juan Guixé: *La guerra de* 1939 *a...* (Causas y responsabilidades de la catástrofe). Bogotá, Colombia, 1940.

Cortesía del autor.

*

Ventura García Calderón nos llena de gusto con el envío de su último libro en francés: *La Perichole*.nrf. Gallimard. París.

*

Cortesía de la Casa de España en México (Av. Madero, 32. México, D. F.):

Genaro Estrada: *Bibliografía de Goya.* 1940.

*

De la *E.D.I.A.P.S.A.* (Edición y distribución iberoamericana de publicaciones, S. A.), en México, D. F. Av. Juárez 95 y Humboldt 25. O Apartado 8092— hemos recibido esta obra, que señalamos:

Cómo se organiza la cooperación en la Escuela Primaria, por Antonio Ballesteros. Ediciones Pedagógicas y Escolares. E.D.I.A.P.S.A. México.

En la sección: *Organización y realizaciones escolares.*

Otras secciones, en las mismas Ediciones Pedagógicas y Escolares, bajo la dirección técnica de los Profs. Antonio Ballesteros y Juan Comas:

Clásicos de la Educación. Ciencia de la Educación. Técnica de la Enseñanza. Textos escolares de primaria y secundaria. Material científico de enseñanza.

Fíjense los maestros y profesores de nuestra América en esta nueva editorial, nacida en México, D. F., hace poco.

Antonio S. Pedreira...

(Viene de la pág. 200)

para cultivar una esperanza unánime; si limpiamos las provincias de la vida pública de los espíritus vacíos, roídos de discordias y malquerencias; si levantamos el gravamen de tanto profesional inculto disfrazado de eminencia; si atendemos en fin, a nuestra conciencia colectiva cuidando de las transformaciones de la oruga hasta que sus anillos aseguren movilidad independiente y propia, yo estoy seguro que en no lejano día veremos volar la mariposa."

Vida y expresión cumplidas, no podría nunca hablarse de Pedreira como de un malogrado, a pesar de su temprana muerte. Me cupo acompañarle y alentarle—porque humano era, y hacia adentro llevó el don de espinas que recibe quien está en la altura—en los momentos más graves de su vivir. Ahora es hondo el goce cuando descubro que mi lealtad al condiscípulo, al colega, al hermano, no muestra el más leve desliz. Ausente, el recuerdo de sus normas éticas seguirá siendo para mí, coraza y fe. Este es el mejor elogio que puede hacerse de una vida, y el que hubiera aceptado con mayor regocijo el limpio decoro de Antonio S. Pedreira.

CONCHA MELÉNDEZ

Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones.

Antipedagogía

(De *Revista de Pedagogía*. Madrid, 1938).

Como el pedagogo comenzó siendo un esclavo, la escuela no ha podido librarse por completo de esta condición sometida. Veamos a Sócrates en diálogo con Lysis:

—Dime entonces una cosa. ¿Es que te permiten al menos gobernarte a ti mismo o te niegan este derecho?

—¿Cómo quieres, Sócrates, que me lo concedan?

—Entonces, ¿tienes alguien que te gobierne también?

—¡Pues claro!, el pedagogo. Aquel que está allí sentado.

—¿Un esclavo tal vez?

—Sí, uno de nuestros esclavos.

—¡Cosa inaudita, que un hombre libre tenga que obedecer a un esclavo!

—¿Y en qué consiste el gobierno que ejerce sobre ti?

—Me trae al gimnasio y me deja junto al maestro".

Es curioso advertir cómo fué el antiguo pedagogo, el esclavo, quien dió el nombre a la función de educar, siendo la suya, en aquel tiempo de Grecia, una humilde actividad acompañante. Pero esto, que parece absurdo, pudiera tener un sentido, el mejor sentido que hoy solicita la escuela primaria, el sentido de que el maestro debe acomodar su papel al gesto de indicar al alumno dónde o hacia dónde se encuentran las cosas que éste ha de buscar, descubrir y hacer suyas.

No se crea por esto que defiendo ingenuamente un autodidactismo radical, cuyo barullo cabría advertir en muchos ejemplos individuales. La cosa tiene otros alcances, pedagógicos— o antipedagógicos— que ahora no he de tocar, pues voy sencillamente a darle algunas vueltas a esta afirmación de Kriek: "Es injustificado que la teoría pedagógica haya relacionado siempre y equiparado en lo posible los términos educación y escuela. La escuela nunca puede realizar más que una parte de la educación, y esta parte no es nunca la fundamental. La escuela ha de completar, elevar y perfeccionar la educación aportada por la comunidad vital y sus sistemas parciales".

Se advierte en seguida una contradicción aparente entre el propósito de superación que se atribuye a la escuela y la valoración parcial, infundamental, de la actuación educativa que se le señala. Y es que si lo fundamental es dado al individuo por la herencia y por el ambiente social, incluyendo el de la familia, corresponde al pedagogo en función delegada el empeño difícil de tomar en sus manos esa materia primera y moldearla hacia la perfección. Sólo que en esto radica el quid del asunto. El pedagogo, entregándose a su papel—según debe—pretende hacer a su imagen y semejanza—según no debe—al niño que le confía la sociedad; mientras ésta, celosa del presente y ambiciosa del porvenir, mira desconfiada al maestro, aún cuando finge mimarle y le recluye en la tarea concreta de enseñar, de comunicar la sola instrucción que pide el momento. Por fortuna el niño se ríe, sin saberlo, de una y otra tutela de su vida, de su personalidad, que será esto o lo otro según lo que él traiga dentro y lo que acierte a sacar de las circunstancias en que luego se desenvuelva.

Así, de la afirmación de Kriek, vamos a mantener estas palabras indubitables: "la escuela nunca puede realizar más que una parte de la educación". Así lo estiman los mejores educadores de todos los tiempos y lugares. El llorado maestro Cossío escribió, para una de las memorias de las Misiones Pedagógicas—nombre que él y yo nos arrepentíamos de haberles dado—estas jugosas palabras: "Tal vez la menor cantidad de nuestro saber, y no hay que decir de nuestro mundo afectivo, con el que al par de la ciencia, se enriquece el espíritu, nos viene a todos de las aulas, fuera de las cuales, en forma espontánea y difusa, hemos ido atesorando en cada momento, día tras día, sin saberlo, de un modo libre y ocasional, en libros, periódicos, conversaciones, trato familar y amistoso, en el comercio humano con espíritus superiores, en los espectáculos, en los viajes, en la calle, en el campo... el enorme caudal de cultura con que insensiblemnte engalanamos la vida. Y este ambiente antiprofesional, irreflexivo, libre y difuso, donde aprendemos, al parecer sin pagar nada, todo aquello que alguien con castizo gracejo llamaba "aprendido de gorra"... Verdadero arte de birlibirloque, que diría Bergamín.

¡Aprender de gorra! Así pudieron adquirir su saber y realizar obra bella muchos de los ingenios españoles y de otras partes. El ejemplo de Lope de Vega podría mostrarlo en evidencia, si hemos de creer a Vossler y su afirmación de que a Lope le sucedió en grande, poco más o menos, lo que al trotamundos Guzmán, según el relato de Mateo Luján de Sayavedra: "Ante un alto dignatario de Nápoles se jacta Guzmanillo del pasado, rico en hechos famosos y bien nutrido de heroísmos, de su patria; le habla del cantabro Pelayo... y de Felipe II. Cuando el prelado italiano, admirado, le pregunta en qué libros ha aprendido tanta cosa, responde el ingenioso granuja que claro que sabe leer y escribir y que, allá en su tierra, han pasado algunos libros por sus manos; pero que, prescindiendo de ellos, las magnificencias por él relatadas son conocidas en todo el país y repetidas de boca en boca, de modo que se necesita ser más diestro para ignorarlas que para saberlas".

Si no es fácil averiguar de dónde procede este o el otro conocimiento asimilado, hecho espíritu propio, menos aún cabe definir de qué hontanar oculto mana la disposición creadora, la inspiración. Aportemos el caso del poeta Rimbaud, el "fenómeno" Rimbaud. Como es sabido, Arturo Rimbaud escribe sus poemas desde los quince años y medio a los dieciocho, entre 1871 y 1873. Después huye de sí mismo, cae en lamentable vida vagabunda y busca en Oriente una vulgar actividad de comerciante que odia la literatura... ¿Qué ha sucedido en los tres años luminosos para que Rimbaud pudiera ofrendar al mundo sus magnífico presente? Sólo sabemos que en ese tiempo el poeta dió un estirón de veinte centímetros. El brusco crecimento —se dice como explicación—, la pubertad... Sí, sí, pero son incontables los muchachos que dan el estirón y pasan la crisis pubescente.

Lo que puede afirmarse es que los maestros no tienen participación en tales motivaciones, ni para bien ni para mal, y que sólo los temperamentos apocados, de corto vuelo, pueden recibir de la escuela un impulso duradero. Los otros, las personalidades acusadas, acabarán por afirmarse o hundirse en los valimientos propios y los que se procuren. Por esto no hay demérito en que la escuela se acoja a una función elemental, si es de calidad y se atiene a los buenos métodos docentes, de los que puede derivar una eficacia. Claro es que, aun por este lado, en el mundo hay más, pues hay o hubo la delicia del enseñar benedictino, cuya Teología era en la cátedra a modo de sesión continua de cinematógrafo. A ella acudía cada año la tanda de nuevos colegiales, dispuestos a recibir sin preferencia las lecciones correspondiente al curso, que igual podía ser el primero que el tercero o el segundo, y así continuaban hasta conocer toda la desordenada materia en las etapas sucesivas. Sin duda la cosa aparece algo inquietante, como lo es también en el cine continuo; mas ¿y el placer de adivinar, de buscar el posible antecedente? ¿Y el otro placer sutil, que también se admite, de no entender lo que se tiene ante los ojos y de recibir una invitación a la humildad? Porque uno de los daños que la enseñanza elemental puede comunicar es el de hacer pedantes... a quienes tengan madera para tales, y así la Teología benedictina, que llamaban redonda, nos brinda su verdad. Por eso también —por eso y por lo de la humildad—los novicios del Islam (lo cuenta Asín Palacios en su obra sustancial "El Islam cristianizador"), quedaban obligados, cuando el maestro salía de viaje, a ir diariamente a su celda para saludarle, como si estuviera allí.

No lo hubiesen hecho, seguramente, los es-

El amor lo allana todo

Un agravio, cuando no hemos pecado, es cosa dura. Y cuando se nos debe gratitud, es cosa amarguísima. Despierta súbitamente en nuestra alma deseo de venganza. Tan irritados estamos, que no acertamos a proferir palabra. Nuestras manos tiemblan. Y ansiamos con fiebre vindicativa que llegue el instante de las represalias. Y cuando nos hemos vengado, ¿qué pasa? Que tenemos para *in eternum* un enemigo irreconciliable. Hablo, naturalmente, del enemigo noble y honrado, no del facineroso. Hemos roto los puentes. Antes, a pesar del agravio, subsistía la posibilidad de una inteligencia con nuestro enemigo. Ahora es totalmente imposible. La satisfacción que las represalias nos han proporcionado pasó ya. El tiempo lo ha borrado todo. Pero con nuestra conducta hemos hecho que el odio del enemigo sea inextinguible. ¡Y qué vano, en el fondo, el placer del desquite! De la región elevada en que nos movemos, región de la moral cristiana, hemos tenido que descender al miserable barro. ¿Y por qué, amigo Salgado, no proceder con amor en vez de conducirnos con ira? El amor es eterno y fecundo. El amor todo lo allana. Y estribados en nuestra posición de hombres cordiales, podemos sufrir acaso contrariedades momentáneas; pero al cabo, poco a poco, por ley eterna, las cosas van viniendo adonde nosotros, con ductilidad, deseábamos que vinieran.

(De *Azorín*, en *La Prensa*, Bs. Aires, 14 de abril de 1940. Artículo: *Dña. María de Molina*).

collares pintados por algunos de los novelistas contemporáneos, con fruición que muestra una identificación de las personas o de la simpatía. Los ejemplos pudieran ser numerosos; pero basten ahora las pocas referencias que siguen, reveladoras de un antipedagogismo convencedor:

—"Los pilotos de Lugarucos no necesitaban para nada saber que el alma se divide en tres facultades, sobre todo considerando que después resultaba que no había tal cosa; ni menos saber que la inteligencia tiene once funciones, cuando no las tiene tal...

Zurita, para cumplir con las leyes, explicaba en cátedra el libro de texto, que ni pinchaba ni cortaba; lo explicaba de prisa, si los chicos no entendían, mejor; si él se embrollaba y hacía oscuro, mejor; de aquello más valía no entender nada". (Clarín, "Zurita").

—"Pepe Rey, encerrado en un colegio de Sevilla, hacía rayas en un papel, ocupándose en probar que la suma de los ángulos interiores de un polígono valían tantas veces dos rectos como lados tiene menos dos. Estas enfadosas perogrulladas le traían muy atareado". (B. Pérez Galdos, "Doña Perfecta").

—"El maestro, Don Hilario, era un castellano viejo que se había empeñado en enseñarnos a hablar y a pronunciar bien. Odiaba el vascuence como a un enemigo personal y creía que hablar como el vulgo o como en Miranda de Ebro constituía tal superioridad que toda persona de buen sentido, antes de aprender a ganar o a vivir, debía aprender a pronunciar correctamente.

A los chicos nos parecía una pretensión ridícula el que don Hilario quisiera dar importancia a las cosas de tierra adentro. En vez de hablarnos del Cabo de Buena Espernza o del Banco de Terranova, nos hablaba de las líneas de Haro, de los trigos de Medina del Campo. Nosotros le temíamos y le despreciabamos al mismo tiempo". (Pío Baroja, "Las inquietudes de Shantiandia).

En estos ejemplos vemos el antagonismo de los dos intereses, el de los maestros y el de los discípulos, que sólo serán armonizables cuando los maestros se resignen a llevar las de perder. Sino lo hacen, los alumnos acabarán por escapárseles de las manos, aunque estén presentes en el aula y encadenados al pupitre, para ir tras de la vida o de las gustosas imaginaciones, según hacía el pequeño Miguel de "Riverita", la novela de Palacio Valdés: "Había (la planchadora del Colegio) establecido en su cuarto de trabajo, situado en la bohardilla, una tertulia, donde acudían algunos niños en las horas de recreo. Contábales historias maravillosas mientras repasaba la ropa blanca o la aplanchaba. Desde un día que subió casualmente (Miguel), aficionóse tanto a ellas que comenzó a acudir asiduamente para escucharlas".

LUIS A. SANTULLANO

*

La zeta nunca cruzó el mar

(De *La Prensa*, Nueva York, 19 de abril de 1940. *Envío del autor*).

El problema que plantea el distinguido filólogo y fonetista español, don Tomás Navarro Tomás, sobre si debe enseñarse en los colegios de los Estados Unidos la pronunciación peninsular de la zeta (z) (o *c*, delante de *e* o *i*) en vez de la hispanoamericana, en que dicho sonido se confunde con el de la *s*, es de la mayor importancia y conviene estudiarse con el detenimiento que merece. Nos interesa mucho, desde luego, en nuestra calidad de americanos; pero a su solución nada podríamos contribuir los que somos ajenos a la enseñanza, aun suponiendo que pudiéramos aportar algunas luces. El señor Navarro Tomás se inclina, por razones que parecen ser de mucho peso, en favor de la pronunciación peninsular.

El asunto nos da ocasión de hacer algunas observaciones, que no atañen a la enseñanza, sino que se relacionan más bien con el derecho que tenemos los americanos a una pronunciación distinta, especialmente por lo que dice a la pronunciación de la zeta. El señor Navarro Tomás, como verdadero hombre de ciencia que es, no dogmatiza, y sus apreciaciones son dignas de todo respeto. Entendemos que ha visitado pocos países hispanoamericanos, quizás sólo Puerto Rico, donde se presentan problemas lingüísticos especiales, provenientes por una parte de una preponderancia de influencia española que duró hasta hace pocas décadas, y por otra, por la circunstancia de la educación bilingüe, que no existe en las demás naciones de habla española.

Su experiencia de observador científico es, pues, limitada, en lo que respecta a la América, y él es el primero en admitirlo. A esa limitación habrá que atribuir algunos conceptos errados, en nuestra opinión, respecto a la realidad ortológica en la América. Cree él que la desaparición de la zeta en la América no está bien comprobada y que quizás un fonetista que hiciera un viaje de estudio por los países hispanoamericanos descubriría, como lo hizo él en Andalucía, que el sonido de marras se conserva aún en algún rincón del continente. Nada sería tan interesante y beneficioso como un recorrido por las Américas por parte del único fonetista de gran relieve con que cuenta la lingüística española, pero me temo que su búsqueda resulte tan fútil como la de los etnólogos que han andado a caza de indios rubios en la región del Orinoco. La zeta parece no haber cruzado el mar, como sonido, pues si alguna vez fue un sonido vivo aquende el mar, pronto desapareció entre los colonizadores españoles y nunca llegó a boca de la población mestiza. Las escrituras y demás documentos de la época, no emanados de España, que se conservan en los archivos americanos acusan una ortografía tan deficiente, especialmente por lo que a la zeta se refiere, que hace creer que o no practicaban ese sonido o les costaba un esfuerzo indecible pronunciarlo.

Ningún americano que se estime pretendería a estas horas resucitar un sonido que desapareció por razones que no están muy claras y que pueden haber sido de orden orgánico. No han faltado personas en la América que han propuesto una campaña de restauración de la zeta. Quizás un gobierno totalitario, a quien le diera el naipe por ello, podría acometer esa empresa romana, pero aun así el éxito sería dudoso. Hábitos musculares de muchas generaciones, a través de varios siglos, hacen imposible a los americanos el aquirir con perfección y naturalidad la pronunciación de un sonido que les es perfectamente extraño, a pesar de que es uno de los más bellos del castellano peninsular. Es muy de lamentar, para la eufonía del idioma y hasta para la conveniencia ortográfica, que la zeta haya desaparecido, pero nos encontramos frente a un fenómeno de raigambres profundas en nuestro behaviorismo, sobre el que nada se puede hacer.

En la América hemos encontrado un *modus vivendi*, como dicen los publicistas, en nuestras relaciones con los peninsulares, y es la de que éstos continúen empleando, sin ser molestados, la pronunciación típica de su tierra y los usos peculiares de su idioma, y nosotros la pronunciación americana, con las modalidades propias de nuestro modo de hablar. Porque las diferencias, claro está, no se circunscriben a la zeta, la elle, etc., ni a la ele líquida antes de la *t* (Atlántico, Amatitlán, etc.), sino que se extienden a vocablos y a ciertas formas de construcción. Por ejemplo, en la América ha desaparecido casi por completo el pronombre *vosotros*, que reservamos para discursos solemnes, pero que no emplearíamos nunca al hablar familiarmente con los amigos, mientras que entre los españoles *vosotros* es pronombres de uso constante al dirigirse a más de una persona. Otra observación que cabe hacer es la de la proporción escasa de palabras de origen arábigo, (que en el diccionario de la lengua ocupan un espacio tan grande, especialmente bajo la lerta A), que se aclimató en la América. Los españoles en la América conservan su propia dicción y los americanos la nuestra, sin que haya nunca el menor conflicto entre ambos grupos y sin que se haya creado jamás un problema de minorías, que en este caso sería el de los españoles. He conocido peninsulares que han vivido la mayor parte de su vida en América y que mueren diciendo, "Pues mire usté" y pronunciando sus zetas, elles y jotas como el día en que arribaron a nuestras playas. Al nacionalista más exaltado no se le ocurriría nunca el tratar de catequizarlos y obligarlos a adoptar nuestra pronunciación, en vez de la suya, que por otra parte nos agrada muchísimo y a la que estamos bien acostumbrados en el teatro, donde siempre se emplea el romance peninsular. Y ellos por su parte respetan nuestra integridad lingüística, y jamás tratan de imponernos sus modalidades, aunque, como ocurre con frecuencia, abundan en nuestros países los españoles que ocupan puestos en la enseñanza.

No. En la América no se encuentra un solo natural de ese continente que pronuncie espontáneamente la zeta ni la emplee en la conversación. Es más, ni siquiera le está permitido adoptar esa pronunciación al recitar o al hablar en público. Si bien hay tolerancia respecto del peninsular, al americano le está por completo vedado el pronunciar la zeta, ni en las ocasiones más solemnes: en esto la intolerancia ambiente es absoluta y el que contraviene la costumbre es condenado a justo y merecido ostracismo por el ridículo de que es víctima. Tan terminante es esta interdicción, que ni el más audaz de los pedantes se atrevería en su propia tierra a ir contra la corriente. Pero los pedantes parecen envalentonarse al llegar a otro país, sobre todo a los Estados Unidos, y a veces nos vienen con pronunciaciones afectadas que se distinguen a la legua. Eso sí, se cuidan bien de no hacerlo delante de sus connacionales, que no permitirían semejante temeridad. Y hay una razón práctica para esa intolerancia, y es la de que por mucho que se afane el pedante jamás puede imitar con perfección al peninsular, suponiendo que tal imitación fuera deseable, pues la adopción de la zeta, para que no desentone, exige como corolario obligado, la pronunciación de los demás sonidos a la usanza castellana, y, naturalmente, la entonación enérgica y llena de altibajos que caracteriza la dicción ibérica. Nada da tanta congoja como ver sudar lacre a un criollo americano en su ridículo afán de pronunciar a la española, sobre todo cuando se le va el pájaro y nos regala con linduras como *ocación, confeción, escazo*, por ocasión, confesión, escaso. Esta vana pretensión de imitar mal al peninsular (y a los americanos no se nos puede engañar, pues instintivamente re-

conocemos el gato en la liebre) la exhiben lastimosamente algunos oradores, cantantes, recitadores y anunciadores de la radio, criollos genuinos con ínfulas de castellanos viejos, y muchas veces hemos tenido que reprimir el natural impulso de gritarles a la cara que no sean majaderos. Parece que ciertos americanos padecieran de un complejo de inferioridad de ser americanos, pugnando por parecer lo que no son.

Si bien nada tenemos que objetar a que se enseñe la pronunciación peninsular, siempre que el objetivo del estudiante norteamericano no sea el de viajar por la América, declaramos que resulta enfadoso para un hispanoamericano educado que colegiales de este país le estén preguntando si habla *Castilian* o algún dialecto precolombino.

CRISTIÁN RODRÍGUEZ

(S/c.: 11 W 42nd St. New York. Y. N. U. S. A.)

El Rey de los Hunos

(De *El Tiempo*, Bogotá, 15 de mayo de 1940).

Anunciaban ayer los cables que dos mil carros alemanes avanzan por algún sitio de los países invadidos, "formando un carrousel infernal". Muchas veces en el curso de esta guerra se ha recordado a los bárbaros y se ha citado a Atila a propósito de Hitler. Pero estos dos mil carros infernales, cómo hacen pensar, más que ninguna otra imagen, en las carretas de los hunos.

Atila nació en una carreta, mientras la horda rodaba por las llanuras danubianas. Esto lo relata Marcel Brion, en su admirable vida del rey de los hunos, de cuyas páginas surge a cada instante el más impresionante paralelo con Adolfo Hitler, en muy parecidas circunstancias. Atila lanzaba sus jinetes y sus carros sobre ciudades y ciudades, por el mundo entero, pillando y arrasándolo todo. En los países conquistados una parte de la población civil se quedaba, se establecía, se hacía dueña del comercio. En aquel tiempo todos los pueblos de Europa y de Asia estaban poseídos de un miedo cerval a Atila, como hoy ante Hitler; a ese pueblo bárbaro que se había propuesto dominar al mundo convencido de su superioridad sobre el resto de la humanidad. Pueblo que no tenía religión, los hunos acogían las creencias y los sentimientos de las naciones que iban conquistando, porque lo que les importaba a los hunos no eran las almas sino los bienes materiales, el vino, las mercancías, las mujeres. Como hoy en Dinamarca sojuzgada, "Alemania procura mantener las tradiciones de los países invadidos para no lastimar el sentimiento nacional", según reza una leyenda publicada recientemente en un diario, al pie de una fotografía de la guardia alemana en el palacio de Cristián. Un diplomático, el embajador del rey Theodosio, escribe un diario de su misión ante Atila, de una gran semejanza con el sensacional libro que ha publicado recientemente el último embajador inglés ante Hitler. Cuenta que encontró a Atila rodeado de sus ministros y generales, y agrega: "Fui sorprendido de ver la simplicidad extrema de sus vestidos, en tanto que los jefes hunos estaban vestidos de telas delicadas y de vivos colores, probablemente robadas en sus expediciones a China y Persia, bordadas de pájaros y de flores". Ve uno la austeridad de Hitler y la fachenda de sus mariscales agobiados de bordados en sus uniformes, y de condecoraciones. Atila observó primero al embajador con curiosidad, pero cuando éste le presentó los votos de Theodosio por la buena salud del rey de los hunos, Atila, arrugando el ceño, contestó: "Que les ocurra a los romanos todo el bien que ellos me desean". Y con un súbito furor presenta una escena muy penosa en que Atila se irrita enormemente, como en las cóleras de Hitler ante los diplomáticos.

Después de arrasar campos, de pillar ciudades, de dejar detrás de sí países desolados, Atila se lanza sobre el imperio de Occidente. El tropel de la horda hace un ruido estentóreo. "Los gritos y los cantos salvajes dominan algunas veces" el estruendo de los carros y de los caballos. Es la misma "horda ruda, cruel, y dócil a la voluntad del jefe" la que avanza por los mismos países, quizá también hacia lo mismos campos Cataláunicos, en donde al fin iba a ser vencido "El Azote de Dios".

Cuando Atila invade las Galias, hace correr el anuncio de que él hace la guerra únicamente a los romanos, y que los galos no tienen nada que temer, no obstante que va incendiando sus ciudades y violando sus mujeres, de la misma manera que hoy Hitler jura y perjura que ha invadido a Holanda y a Bélgica para protegerlas, y que sólo hace la guerra a los ingleses. Pero detrás del anuncio de Atila llegan los aterrados fugitivos que relatan los horrores de la invasión por Bale, por Strasburgo, por Tongres, por Besanzón, por Arrás, desde el Jura hasta el mar.

Atila se ve detenido de pronto, después de largos meses, ante los muros de Metz, y luego ante los de Orleans, que para la época eran tan formidables fortalezas como la actual línea Maginot, ante cuya resistencia se ha visto también detenido Hitler durante largos meses.

"Los hunos eran malos asaltantes", dice Brion, así como eran invencibles en las llanuras. Su gran secreto era la rapidez desconcertante de sus carretas y de sus caballos, de igual forma que Hitler es desconcertante con sus guerras relámpagos, de paracaidistas y de carros blindados por regiones que no están suficientemente prevenidas.

Pero Atila no era un gran guerrero; él era sobre todo un diplomático. "Tenía el genio de los grandes proyectos, de las combinaciones". Venció a los pueblos en gran parte por una guerra de nervios; eso de llamarse con orgullo El Azote de Dios y de hacer correr la noticia de que donde pisaba su caballo no volvía a nacer hierba, no era sino su forma de la guerra de nervios. Por otra parte, también hizo muchas conquistas con la ayuda de los traidores.

El paralelo se puede prolongar todavía en muchos aspectos. Es el mismo ejército voraz que hoy se lanza sobre los países más civilizados, de Europa. Y el mismo de hace veinticinco años, que también quería proteger a Bélgica, y que en sus ciudades ocupadas ponía, como lo cuenta Clemenceau en "Grandezas y Miserias de una Victoria", la palabra *"pillaje"* en los afiches militares que indicaban el camino de los almacenes en donde se guardaba "el producto de las rapiñas cuyo carácter oficial era así reconocido".

No es, pues, Hitler, el creador original de su Estado conquistador. Ese carácter le viene al Estado alemán desde los hunos, acaso desde mucho antes. Los germanos que marchaban en los ejércitos de Atila, confundidos con eslavos y mongoles, y profundamente mezclados con los hunos, no han perdido en mil quinientos años el sabor acre, excitante, enloquecedor y fatal de sus antiguas correrías.

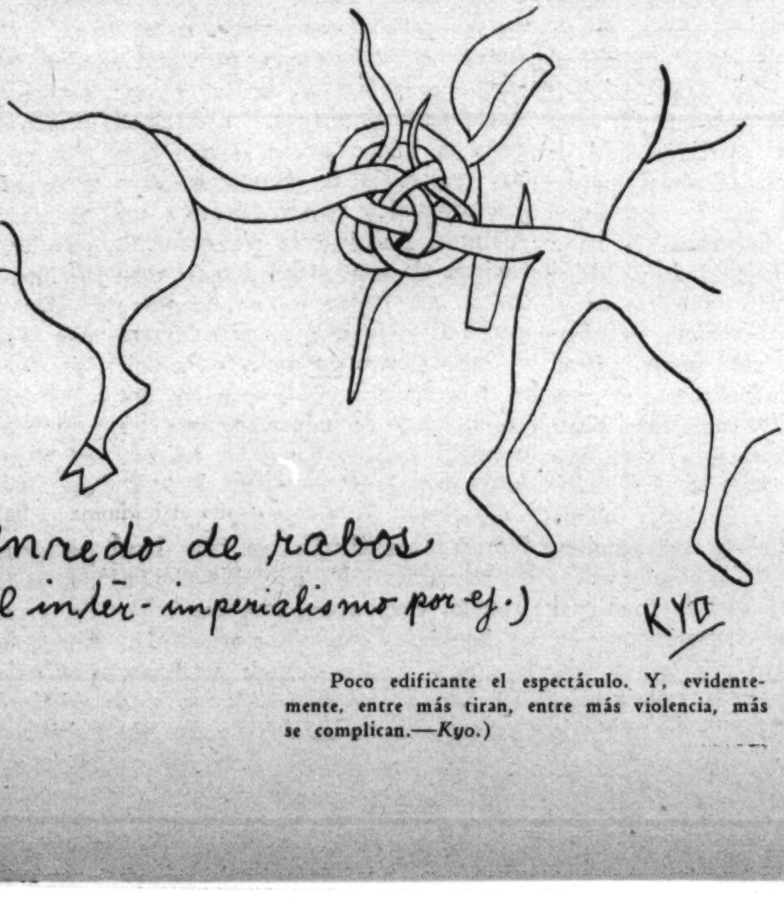
Pero frente a ellos, los pueblos civilizados de Occidente tampoco pueden olvidar indefinidamente, las estrechas alianzas que para detener aquel incendio tuvieron que formar contra esos bárbaros, una y otra vez. Porque sólo cuando lo recuerden, llegará a encontrar a Hitler sus campos Cataláunicos. Y no olvidar tampoco, que hoy en los pueblos de Occidente hay que contar a América, que no está tan lejos de Hitler con sus flotas, como lo estaban de Atila, sobre sus carretas y caballos, las tierras de la China, ante cuya gran muralla aquel huno llegó.

ALEJANDRO VALLEJO.

Tome y lea

Leopoldo Lugones: *Lunario sentimental*	₡ 5.00
Rubén Darío: *Cantos de Vida y Esperanza*	3.00
Rafael Cardona: *El sentido trágico del Quijote*	3.00
Ernst Henri: *El plan de Hitler* . .	3.00
Enrique José Varona: *Violetas y Ortigas*	4.00

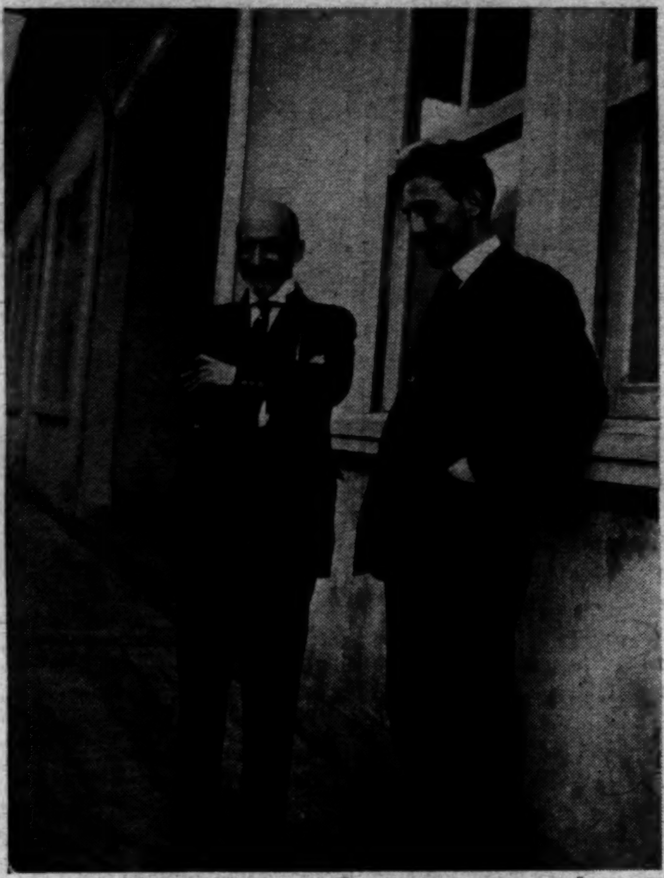
Con el editor del *Rep. Amer.* los consigue. Calcule el dólar a ₡ 5.00.



Poco edificante el espectáculo. Y, evidentemente, entre más tiran, entre más violencia, más se complican.—*Kyo*.)

Los problemas morales del teatro benaventino

(Colaboración para el *Rep. Amer.* Caracas, 1940).



Omar Dengo y D. Jacinto Benavente

(Junio de 1923. En la Escuela Normal de Costa Rica)

I

Dice Jorge Guillén que Benavente en su teatro exalta la piedad, la indulgencia, el perdón. La mujer, en la mayoría de sus obras, es la mujer cristiana, pronta a sacrificarse, a resignarse, a dejarse vencer por un ambiente como el de la clase media española tradicional y católica. Sin una protesta, sin un gesto heroico, complacidas de hundirse antes de escandalizar, dispuestas incluso a renunciar a su instinto maternal, como en "Más fuerte que el amor" obra que a Jorge Guillén le parece muy caracertística del teatro benaventiano

En efecto, Carmen, la protagonista de dicho drama, concierta la fuga con un joven amante. Con esta huida, Carmen va a dar natural satisfacción a su amoroso instinto, a su necesidad de liberación de un hogar tenebroso, con aire de clínica dorada: podrá ser, escuchando su corazón y su sangre, honestamente madre. Toda la extensa comedia de Benavente justifica paso a paso la escapada de la esposa, sana y fuerte de un esposo irremediablemente enfermo. Y en el último instante, el dramaturgo pone un epílogo oscuro a esta acción dramática hasta entonces limpiamente desarrollada. En el momento de la huida, el marido sufre un ataque agudo y se acoge a la esposa como una débil criatura que busca amparo maternal. ¿Cuál es concretamente el sentimiento más fuerte que el amor que detiene a la protagonista en el instante de su liberación? ¿Es simplemente la compasión, la lástima, la súbita llamada de una especie de vocación de hermana de la caridad lo que la paraliza y decide a aconsagrarse al enfermo? Parece un resorte en extremo elemental este de la misericordia femenina: al enfermo le cuidan otras mujeres, su madre, su hermana. Habrá que pensar una explicación más trascendental y completa en relación con el propio teatro de Benavente. El personaje femenino de "Más fuerte que el amor", encuentra un pretexto sentimental en la anécdota del ataque repentino de su marido, para cumplir exactamente hasta el sacrificio total de sus instintos y de su alma, los deberes de esposa que el matrimonio católico señala. Solamente la necesidad del cumplimiento de un deber superior —el cual no existe en el drama a que nos venimos refiriendo— puede ser más fuerte que el amor. El error de Benavente es creer que en un conflicto como en el planteado hay un deber mas fuerte que el amor.

En una comedia de 1902, "Alma triunfante", Isabel la protagonista, actúa en virtud de tres imperativos esenciales. Su instinto maternal triunfante — al contrario que en Carmen— la lleva por un sendero opuesto también a la transigencia, al perdón del adulterio de su marido, al sacrificio, a la piedad. El marido ha tenido una hija fuera del matrimonio. La esposa, según la moral del adulterio del hombre en el teatro benaventino, puede y debe perdonar. Esta criatura de Benavente sufre dos penas, es engañada y además ve morir a su hija. Al retornar de una etapa de locura, Isabel vuelve purificada, dispuesta a la resignación y a la amnistía. El autor le otorga una compensación a su instinto maternal que es a la vez la prueba concluyente de que Isabel ha perdonado a su marido: adopta a la hija de éste y se convierte en madre suya. Con aquel gesto de adopción con el cual tantos personajes de Benavente acogen paternal y maternalmente a sus criaturas. Isabel y la niña son las víctimas de una sociedad cruel contra la que Benavente no ha osado rebelarse: cada una es para la otra el único motivo de consuelo, la única reparación recibida por las dos es el amor de náufragos que las une. Y toda indignación, borrada de los labios.

Como en los de Rosina, la desventurada muchacha de "La losa de los sueños". Ni un grito, ni una protesta, cuando esa losa cae sobre su juvenil cabeza, sin remedio. De le época de los dramas sombríos, "La losa de los sueños" es la más elegíaca comedia de don Jacinto. Es un poema —pocas veces en prosa se pronunció desde las tablas con tan espiritual transparencia y con fragancias tan penetrantes —rezado ante la tumba de una amable criatura enterrada en vida. Ante ese terrible suicidio de la heroína cuando exclama refiriéndose a su cuarto, a su celda, a su mundo, "Sea mi losa" el comediográfo solloza como ante lo irremediable, absurdamente. En el ara de ese dios brutal del tópico queda sacrificado el amor de Rosina. Inútil la poetización de la sentencia tópica, de la condenación dictada por una moral cruel. Dicho el responso de esta comedia en dos actos, el costumbrista psicólogo y un poco lírico ennoblece su obra, pero el satírico, el juez, el flagelador que hay en Benavente ha desertado de una firme posición de combate.

Dos dramas blancos y bañados de una falsa poesía, "Sacrificios" y "La fuerza bruta" acusan esa posición deliberadamente mansa del teatro benaventino. Doll de "Sacrificios" es la víctima que se suicida para no estorbar el amor de su hermana, la artista Alma, figura de mujer cosmopolita muy típica del modernismo benaventiano y de Ricardo, especie de personaje unamuniano, indeciso entre dos mujeres sin personalidad alguna, al modo de Tristán de "El marqués de Lumbria" y de don Juan de "Dos madres". Sor Simplicia de la "fuerza bruta" es una monja retórica, discurseadora y exalta con los más lamentables tópicos los impulsos hacia la renunciación y la alegría de la mansedumbre. La anécdota de la comedia es endeble y en un ambiente vario y pintoresco intenta justificarse, motivando solo el profuso sermonear de la beata.

II

Benavente ha escrito tres veces el drama del adulterio. En 1918 (23 de diembre. Teatro de la Zarzuela de Madrid. Protagonista, Rosario Pino) se estrenó "La ley de los hijos". Según esta ley, los hijos no pueden perdonar aunque quieran, a su madre adúltera, aunque el propio marido la perdone también. Por ser ley de los hijos, dice Benavente, nuevo Kepler de las leyes morales, es ley de Dios. El adulterio no puede ser perdonado. En 1919 (2 de mayo. Teatro Lara de Madrid) se estrena "La honra de los hombres" Benavente establece una distinción sutil, invento suyo de evidente originalidad entre el honor de la mujer y el honor de los hombres. El honor del marido de una adúltera es simplemente vanidad. A esta debilidad se alude cuando se enuncia "la honra de los hombres" puesto que la verdadera honra es la de la mujer que pierde irremediablemente, según Benavente, con el adulterio, sea cualquiera que sea su circunstancia y sus matices. A la misma vanidad masculina se alude en el tercero de los dramas dirigidos a este problema, titulado "La otra honra" estrenado el 19 de setiembre de 1924 por Lola Membrives en el teatro Lara de Madrid.

En "La honra de los hombres" ocurre que el marido repudia a la adúltera, que ha tenido un hijo en su ausencia, apenas se deshace del engaño que consiste en que una hermana soltera de la adúltera declare como suya la falta. El novio de la muchacha sacrificada, en un principio dispuesto a tolerar la farsa acaba por confesárselo todo al marido. Benavente parece que justifica que el marido, descubierto el enredo, no esté dispuesto a perdonar a su mujer. Cree sinceramente en que el sacrificio de una mujer cargando con la deshonra de otra es benemérito y laudable. En cambio parece denotar antipatía al cuarto personaje, el novio de la sacrificada, puesto que respirando por la herida de su orgullo, acaba por proclamar la verdad de lo sucedido. Estamos en radical oposición con estos tres principios benaventianos. La actitud del marido puede ser injusta. El sacrificio de la chica soltera aceptando lo de la deshonra es monstruoso y la protesta de su novio legítima y sana.

En "La otra honra", Julia confiesa su adulterio a Víctor. Según Julia—según Benavente, insistiendo— su falta la deshonra a ella sólo, no a

su marido. No hubiera pues tenido que confesársela a él. (Véase cómo en estas dos obras Benavente parece decir que el adulterio disimulado no es problema sino en su trascendencia a la vida social.) Pero la otra honra, la de su marido, está en peligro. Se murmura si él conoce el adulterio y lo tolera a cambio de ciertos beneficios económicos que por azar se siguen de una alianza de negocios. Lo que puede deshonrar al marido es su complicidad con una falta inicial, en este caso, la de su mujer, y ella le advierte. La obra se desarrolla en melodrama retórico.

"Nos hallamos, dice don Enrique de Mesa en "Apostillas a la escena", página 36, ante el retruécano de las ideas. La misma sentencia, apenas desfigurado el hábito de la palabra, salta de este al otro personaje. Es la técnica del concertante zarzuelero, donde todas las voces vienen a decir lo mismo y en que el tema musical es sucesivamente recogido por la cuerda, el metal y la madera". El marido perdona a la adúltera —no hay hijos— y huyen juntos.

En "La ley de los hijos" también el marido perdona. En el primer acto, Paulina vuelve a casa de su marido y sus hijos ya mayores donde es acogida con melancólico cariño. Pronto se da cuenta de que su falta ha comprometido seriamente su felicidad y su porvenir. Sus hijos se ven abandonados por sus amigos: el noviazgo de la hija se deshace. Esa sociedad vil de Moraleda, otras veces combatida por Benavente, crea un ambiente hostil, cerrado, denso en torno de aquella casa. Paulina decide marcharse de ella para siempre. Benavente la condena al infierno de vivir separada de sus hijos, aunque ha sido perdonada, que era lo esencial para satisfacer un ambiente cruel. Benavente no ha defendido este crimen. Ha escrito su drama más sombrío.

El teatro de Benavente es bien complejo. En él hay concesiones, ataques y distingos. En sus tres dramas del adulterio, Benavente ha reaccionado a favor de un ambiente católico-burgués español un poco inquisitorial. Sus críticas aceradas de otros momentos han quedado en suspenso. Existe una relación estrecha entre estos tres dramas y los analizados anteriormente en que Benavente pondera el sacrificio femenino.

JOSÉ LUIS S. TRINCADO

Bizancio

(De *El Tiempo*, Bogotá, abril 15 de 1940).

De dieciocho meses a esta parte el mundo vive en expectativa de todas las calamidades, pero sin señales de congoja o desconcierto. En este lapso seis o siete naciones han desaparecido; otras tantas saben que el peligro, más o menos cercano pero evidente, las circunda. Las consecuencias para el mundo del triunfo completo e incontestable de uno solo de los beligerantes serían las más desventuradas, onerosas y lamentables de que la historia haya dado testimonio. Jamás el supuesto vencedor, desde los tiempos preclásicos, ha formulado con más claridad y cinismo sus propósitos de exterminio. En el nombre de su dios los turcos que amenazaban a Bizancio no expresaban sus amenazas con tan minuciosa amplitud porque su conciencia, aunque avanzada para los tiempos, no había logrado la precisión fastuosa de la ciencia alemana de nuestros días. Además, el turco mataba en honor a su dios y en obediencia a los mandatos del profeta. Los directores de las tribus tudescas, de la rama aria, cumplen su fin de exterminio y amedrentamiento por su propia y desastrosa voluntad. Han creado ellos mismos la causa y los efectos. Es necesario en su concepto que una raza domine el mundo. Y aunque científicamente la palabra raza no corresponde a una realidad demostrable, esos hombres han creado el mito a sabiendas de que el mito obra con más eficacia sobre las multitudes que la realidad.

La amenaza no se refiere ya un pueblo ni a una raza, sino a todo el mundo. Y la eficacia del reto está regida tan sólo por la capacidad en el ejercicio del estrago. Sin embargo, las naciones que se consideran alejadas del peligro viven un poco la vida de Bizancio, en los momentos finales de su historia. Y las costumbres bizantinas renacen y se desenvuelven graciosamente como en tiempo de las Irenas y las Cantacucenos.

Recibo diarios de muchas partes de América y Europa. Con excepción de los diarios de propaganda especial (aliada o tudesca) publicados en tierras de neutrales, los diarios respetables a quienes abona su antigüedad hablan de la guerra, como de un espectáculo no escaso de interés que se cumple a una gran distancia y cuyo desenlace no es fácil de prever. Las noticias de la guerra habían pasado a las páginas interiores y los grandes encabezamientos habían desaparecido, cuando vino a azotar los nervios fatigados la invasión de Noruega y Dinamarca por Alemania. El nuevo acto de expansión ha conmovido algunos resquicios de la conciencia mundial, pero a nadie le ha ocurrido pensar que en esta nueva muestra de la actividad de Hitler haya un peligro para América.

Estamos muy lejos del núcleo de la perturbación, dicen los bizantinos del día. Muy lejos en verdad. Hasta ayer la distancia entre Plymouth y Nova Scotia era de cuatro días y unas horas. En este momento se puede hacer la travesía en un día y pocas horas. El aire conduce al desastre a los lugares donde el barco solía llevarlo y a muchos otros que estuvieron exentos de la amenaza. Esto lo saben tan bien los gobiernos como los periodistas de cada día. Lo dicen de tarde en tarde unos y otros, pero las palabras parece que se difundieran sobre la superficie de los mares. Hay contacto, pero el un elemento no es penetrado por el otro.

La acción de una amenaza constante sobre un hombre o un grupo de hombres, la conciencia de un peligro real creada en muchos meses, facilitan el cumplimiento de la amenaza o la llegada del peligro inevitablemente. Es menester combatir la amenaza o hacer desaparecer el peligro. El estado de espíritu bizantino arranca de una incapacidad de prepararse ante la amenaza y de computar las probabilidades del peligro. El sentido personal de la amenaza y del peligro carece de fuerza y de poder comunicativo en situaciones como la que estamos analizando. El peligro de la patria, del estado es grande, el individuo piensa que él hallará en su inteligencia recursos de sutil eficacia para evadir las consecuencias de un desastre. Tal pueden pensar a veces los jefes de un estado dignamente provistos del sentido de la responsabilidad: ellos encontrarán los medios de sustraerse a la complicación o al desastre. Pero tampoco es un estado aquí o en otras zonas lo que está en peligro: es toda una civilización, un concepto de la vida, según el cual está organizada la sociedad y al cual, con todas sus fallas, le debemos un ambiente moral más o menos habitable y algunas amenidades de que carecieron muchas culturas anteriores, como la libertad de expresarnos.

B. SANÍN CANO

El rebaño alemán

Con excepción —que confirma la regla— de aquel amago de individualismo casi anárquico del Gran Interregno, en que prevaleció soberano el derecho del puño, el Faustrech *peludo del siglo trece, que aún aguarda por el barbero, lo propio del espíritu alemán, y lo que lo conforma, sostiene y le da carácter específico, es su complexión gregaria, enteriza, de una sola pieza, de la que proceden las facultades de potencia de sus masas en marcha; pero que al mismo tiempo lo incapacitan y envaran para las iniciativas, agilidades y sutilezas del espíritu mediterráneo, y lo obligan a buscar siempre a un jefe a quien seguir, un* fuhrer *a quien aclamar; limitando su concepción de la libertad, a someter éste al plebiscito, para obedecerle ciegamente después.* Das ist Befehl: *esta es la orden.*

El jefe es, de todos modos, el elegido del pueblo, en el que éste se reconoce y se recrea, y en el que el inconsciente poligonal del rebaño, que es instinto, se hace conciencia linear. "Un pueblo necesita siempre de un hombre que comprenda su voluntad, que la resuma, la explique y la lleve a donde debe ir", había dicho ya, con acentos de precursor, el racista Gobineau.

(Juan Tinoco, en la obra: *Caminos sobrehumanos*. La Habana. 1940.)

Su biblioteca

José Martí: *La Edad de Oro*. Un vol., ilustrado. Habana, 1935 . . . . . . ₡ 6.00

Luis Vives: *Tratado de la Enseñanza*. Un vol. pasta. Ediciones de La Lectura. Madrid. 6.50

Benjamín Franklin: *El Libro del Hombre Bien*. Madrid. 1929 . . . . 3.50

Carlos Salazar Flor: *Derecho Civil Internacional*. Tomo I. 5.00

Constancio C. Vigil: *El Erial*. 5ª edición. 1929. . . . . 2.50

Rubén Darío: *Sus mejores poemas*. Edit. Nascimento. Santiago, Chile. 1929. . . . . 4.00

Francisco Contreras: *Rubén Darío*. Edit. Ercilla. Santiago, Chile, 1937 . . 5.00

Fernando Sáinz: *El método de proyectos*. Edit. Losada. Bs. Aires. 1939 . . . . 2.50

Con el Adr. del *Rep Amer*. los consigue. Calcule el dólar a ₡ 5.00

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre
Nueva York

Juventud actual

(Para el *Rep. Amer.*).

Una de las características de los tiempos presentes la constituye, sin duda alguna, la presencia de los jóvenes en el primer plano de los acontecimientos, que tradicionalmente se reservaba a los hombres maduros. Hoy ya no se espera adquirir la experiencia que dan los años ni las luces que un dilatado estudio proporciona, para adentrarse resueltamente en la selva oscura de la vida. Siéntese la indomable necesidad de actuar; y del seno de las mismas escuelas se desborda, con indecisiones de ala que ensaya el primer vuelo, una turba juvenil que invade todos los campos de actividad, llevando las claridades de su entusiasmo a la tribuna y a la política, a los negocios y a la empleomanía, a las empresas de lineamientos apostólicos y a las combinaciones escuetamente crematísticas.

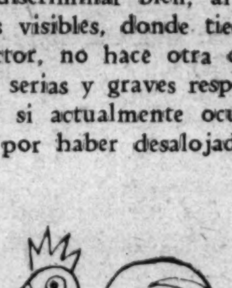
Como sagazmente dice Jiménez de Asúa, "la juventud de hoy cree tener un perfil propio; se siente radicalmente diversa de la madurez imperante, desconfía de las organizaciones políticas y sociales vigentes, y cree llegada su hora de operar." Esta conciencia de sus posibilidades la hace no embridar sus ímpetus con la prudencia cautelosa de sus abuelos, sin rendirse a ellos con la impaciencia del pensamiento que anhela traducirse en palabras, de la palabra que pugna por cuajarse en acción.

Así, contemplamos en los cargos públicos y privados a numerosos jóvenes, reemplazando con fácil desenvoltura a quienes sólo pudieron llegar a esos puestos tras una larga y laboriosa carrera, porque hasta hace poco, inversamente de lo que ahora sucede, la edad era un factor indispensable para escalar ciertas alturas.

En cambio, en nuestros días, lejos de constituir una limitación, es la juventud un pasaporte mágico que borra las fronteras. Y es tal el prestigio de que se encuentra aureolada, que no pocos ancianos recatan la noble albura de sus canas en aras de una simulación imposible.

Semejante actitud de impaciencia, aunque lleve aparejados los peligros de una preparación incompleta, despierta la más cálida simpatía. Porque fascina ver cómo los años mozos, alborotados y rebeldes, se lanzan al asalto de las viejas injusticias y de los prejuicios carcomidos, llevando como únicas armas el penacho inmaculado de su ilusión. Pero la victoria, debida a su impulso alígero o a causas que no acertamos a discriminar bien, al colocarla en los sitios más visibles, donde tiene su sede el esfuerzo director, no hace otra cosa que vincularla a más serias y graves responsabilidades.

En efecto: si actualmente ocupa un lugar preeminente, por haber desalojado de él a la senectud venerable o a la madurez cenital, es para llenar con más intenso brillo la función que desempeñaban los ausentes, esquivando sus errores y duplicando sus aciertos, para justificar así su gesto de mando sin ostentar aún las gloriosas cicatrices de los luchadores cargados de laureles y de días.



Escribe Spranger en una página admirable: "La juventud no sólo da derechos, sino que también impone deberes. Y aunque nadie la sujetase, impone deberes para con el propio futuro. La vida promete mucho, pero sólo a quien conserva el vaso limpio y el brazo tenso. Para que el sueño florido de la juventud no siga la más dolorosa decepción, es preciso que en toda la juventud resuene el sentido de aquellas palabras que parecen trocar extrañamente la pretensión y la realización: Lo que la vida nos promete, debemos cumplirlo a la vida."

Y este imperativo categórico no puede ser otro que el de superar a las generaciones pasadas, realizando lo que ellos no quisieron o no pudieron hacer.

No basta una posición criticista. Es demasiado llano censurar. Y acreedor al desdén más helado el espíritu que únicamente sabe manejar la piqueta, porque como el escarabajo sólo puede vivir entre los escombros removidos. Desgraciadamente, nuestra atmósfera se ha enrarecido para el elogio generosamente comprensivo, tornándose propicio a la adulación impúdica y a la diatriba mordaz. De ahí que se prodigue, no la condenación austera que purifica en su llama, sino la invectiva rencorosa que encuentra malo todo lo que no ha brotado de su entraña sombría.

Ni duda que muchas veces se impone vigorosamente la necesidad de destruir. Entonces hay que hacerlo estrangulando la piedad. Cuando se trata de extirpar lacras sociales que corroen y envenenan. Cuando se combata con los endriagos de la ignorancia y de la mentira. Cuando las sequizos ramazones ahoguen el florecimiento de las plantas nuevas. Pero en todo caso, junto al impulso que derrumba, debe perfilarse simultáneamente el impulso que edifica.

La juventud actual cumplirá su misión desarrollando en grado excelso sus energías creadoras. Está bien efectuar el balance del pasado, no con el afán morboso de encontrarse lunares, sino para que del conocimiento de sus deficiencias y sus grandezas se desprendan enseñanzas fecundas que nos alejen de los costosos equívocos, mostrándonos las sendas rutilantes de la victoria. Mas la tarea analítica ha de encontrar su complemento en el esfuerzo personalmente constructivo.

Si los jóvenes de ahora traen un mensaje de luz en los flamantes pliegues de su bandera, y se consideran capaces de expresarlo en forma perdurable, que lo hagan cuanto antes, modelando la ríspida arcilla de los hechos con las manos febriles empapadas en rocío de madrugada. La originalidad que imprescindiblemente han de insertar en sus obras no debe asumir un carácter formalista, sino ser profundamente sustantiva. Es sencillo revestir con la "fermosa cobertura" de la novedad cosas que llevan indeleblemente marcada la injuria del tiempo, y que la ignorancia o el olvido nos hace considerar como recientes; pero es labor de titanes, reservada a las generaciones o a las individualidades geniales, realizar algo fundamentalmente nuevo en el mundo de la belleza, de la ciencia o del bien.

Lic. Alfonso Francisco Ramírez
(Diputado al Congreso de la Unión)

Y precisamente se es joven en la medida de que disponga de ese poder creador que apartándose de las huellas cien veces calcadas, hace que la humanidad dé siquiera un paso hacia adelante o hacia arriba. No es suficiente el inconformismo con el medio que nos rodea ni menos que la rebeldía se circunscriba a los alardes declamatorios. Sino que es de todo punto necesario escalonar actos que hundiendo su inextinguible resplandor en la noche de las imperfecciones vigentes, haga flotar una mansa claridad sobre el dolor y el egoísmo, haciéndonos un poco mejores.

Pero es sumamente arduo ser original, y la mayoría de las veces las buenas intenciones derivan lamentablemente hacia la extravagancia. Se pretende ser de los "nuevos" diciéndose estridentista en literatura; prestando sistemática adhesión a la última teoría científica; adoptando una actitud desdeñosa para todo lo antiguo, y aun simplemente saliendo a la calle sin sombrero. Estas ridiculeces revelan no sólo vaciedad interior, sino falta absoluta de novedad, porque la tontería ha sido patrimonio de todos los tiempos.

Si la juventud actual realmente posee una auténtica personalidad, que no se paga de nombres sonoros, y así lo deseamos con fervor de esperanza, es menester que la revele en hechos robustos, aportando a la solución de los problemas sociales su desinterés y su fe, su dinamismo y su sinceridad, para que sobre la ruina de las viejas pasiones y de las torvas maldades se levante el edificio luminoso de la sabiduría y del amor.

ALFONSO FRANCISCO RAMÍREZ

México, D. F., 1940.